



Centro de Estudios sobre el Estado de Derecho

CUADERNO **2**
2023

**11J: EL ESTREMECIMIENTO
DE UNA NACIÓN**

11J: EL ESTREMECIMIENTO DE UNA NACIÓN

www.cubaproxima.org

JUNTA DIRECTIVA:

Roberto Veiga González, Director

Michel Fernández Pérez, Vicedirector

Lennier López, Supervisor Académico

Alexei Padilla Herrera

David Corcho Hernández

Elena Larrinaga

Enrique Guzmán Karell

Massiel Rubio

Guennady Rodríguez

Ivette García González

Jorge Masetti

Julio Antonio Fernández Estrada



Centro de Estudios sobre el Estado de Derecho

01 PRESENTACIÓN

02 11J: UN AÑO DESPUÉS Declaración

04 LOS TRADUCTORES DEL 11 DE JULIO Miguel Alejandro Hayes

08 11J: EL ESTREMECIMIENTO DE UNA NACIÓN Roberto Veiga González

11 NECESITAMOS UNA TRANSICIÓN PACÍFICA Y UNA RECONCILIACIÓN NACIONAL Respuestas de Elena Larrinaga

13

NO SERÁ VÁLIDO UN DIÁLOGO QUE IGNORE EL
ESPONTÁNEO GRITO DE “LIBERTAD”

Respuestas de Pío E. Serrano

14

LA SOCIEDAD CIVIL BUSCARÁ VÍAS POSIBLES

Respuestas de Antonio Guedes

16

ESTAS PROTESTAS HACEN VALER LOS RECLAMOS
DE UNA INMENSA MAYORÍA QUE NADIE ESCUCHA

Respuestas de Elaine Acosta González

21

EL 11-J EVIDENCIA UNA CIUDADANÍA QUE AL-
CANZÓ MAYORÍA DE EDAD

Respuestas de Alexei Padilla

27

NINGÚN CAMBIO POLÍTICO, REVOLUCIÓN,
TRANSICIÓN, SE PUEDE HACER SIN SACRIFICIOS

Respuestas de Michel Fernández Pérez

30

A LA ÉLITE NO LE INTERESA MODIFICAR ESE
RECHAZO, SINO DOBLEGARLO

Respuestas de Yaxys Cires

32

EL PODER SÓLO IMPULSARÁ UN PROCESO DE-
MOCRATIZADOR SI FUERA OBLIGATORIO

Respuestas de Eloy Viera

37

ESTAMOS ANTE LA INCERTIDUMBRE AUN
CUANDO PARECE EN CALMA

Respuestas de Lennier López

40

CUBA DESPUÉS DEL 11 DE JULIO: ¿HACIA UNA
RIVALIDAD HEGEMÓNICA?

Vegard Bye

53

AUTORES

PRESENTACIÓN

Las inéditas protestas en Cuba del 11J, extendidas durante dos días, constituyeron una manifestación nacional capaz de expresar dramáticamente la hondura de la crisis que atraviesa la nación. Estas fueron pacíficas, si bien expresaban furor; aunque no faltaron hechos vandálicos -que fueron minoritarios-, a pesar de que el oficialismo pretende sugerir lo contrario.

La respuesta gubernamental de apelar al “combate entre revolucionarios y mercenarios”, con la represión que sobrevino, fue un craso error del poder que convirtió una manifestación nacional cívica en un estallido social y además provocó que una manifestación iniciada con hálito de furor culminará asentando en el país un espíritu de odio.

El Centro de Estudios sobre el Estado de Derecho y Políticas Públicas **Cuba Próxima** publicó muchos textos al respecto de los cuales compila trece en este cuaderno. Inicia con dos trabajos al cumplirse el primer aniversario del suceso y continúa con otros once escritos al calor de los acontecimientos.

Declaración de Cuba Próxima

El 11 de julio de 2021 miles cubanos salieron a las calles de todas las regiones del país para exigir por sus derechos. Fue la primera vez en más de seis décadas que la ciudadanía marchó, a todo lo largo y ancho del país, de manera espontánea y mayoritariamente pacífica.

La carestía material y el deterioro en los servicios, agravados por la combinación de una crisis estructural, una política económica y monetaria erráticas, un proceso de inversiones que ignoraba las necesidades de la población, sumado a los efectos de la pandemia, las sanciones estadounidenses, la pérdida de los valores simbólicos de ese sistema entre los cubanos y un gobierno torpe y muy distante de las aspiraciones populares, fueron algunas de las causas del hartazgo mostrado en decenas de ciudades y pueblos del país durante esas dos jornadas.

Los cubanos, quienes por tanto tiempo hemos sido privados del ejercicio efectivo de los derechos de reunión, asociación y prensa, usamos esta vez el acceso a Internet para articularnos, visibilizar nuestras reivindicaciones y denunciar la represión de las fuerzas del orden y los grupos paramilitares.

Los inconfundibles gritos de “¡Libertad!” dejaron claro que las demandas de esa parte del pueblo apuntaban a la necesidad de cambios que iban más allá de las cuestiones asistenciales o materiales. En efecto, Cuba necesita emprender reformas profundas, que tengan como horizonte un régimen democrático y una economía tanto justa como competitiva. Sin estos cambios, seguirán aumentando las insatisfacciones de nuestro pueblo.

Sin embargo, a un año del estallido social, el gobierno no ha presentado un paquete de medidas serias encaminadas a superar sus deudas con aquellos a los que debe representar y obedecer. Ni siquiera ha mostrado evidencias que demuestren que las manifestaciones de 11 y 12 de julio fueron parte de un plan de ‘golpe de Estado suave’, fraguado por los servicios especiales de Estados Unidos y por emigrados cubanos.

Es obvio que el Estado cubano no podrá presentar tales pruebas porque estas no existen. Por otra parte, tampoco ha investigado y procesado judicialmente a los agentes que hicieron un uso excesivo y desproporcionado de la fuerza contra ciudadanos desarmados e indefensos.

El gobierno advirtió entonces estar dispuesto a todo, dio la orden de combatir a los ciudadanos que ejercían un derecho constitucional, y no ha cesado en presentarse como víctima para no asumir su responsabilidad ante una crisis que se extiende por varios años y responde a incapacidades sistémicas.

Cada día está más claro sobre quién recae la mayor responsabilidad por lo ocurrido y por el malestar de las familias cubana. En Cuba hay más de mil presos políticos, se continúa apelando al destierro y al exilio para castigar a los ciudadanos que ese sistema considera incómodos, se ha agravado el éxodo masivo de cubanos y la represión parece la única respuesta ante las insatisfacciones populares, aun las más simples y evidentes.

Desde Cuba Próxima expresamos nuestra solidaridad con todos los compatriotas que, a riesgo de su integridad y seguridad personal, marcharon para defender el derecho a una vida digna, en la que se privilegien y cumplan los Derechos Humanos, sin distinción ni jerarquías.

Nuestra solidaridad también está con los presos políticos y sus familiares, con los periodistas independientes y con todas las víctimas de la represión estatal que han decidido ejercer su derecho al disenso y reclaman cambios verdaderos.

Somos conscientes que ninguna protesta es un fin en sí mismo. Que se reclama y exige cuando las necesidades materiales y espirituales de una nación no son satisfechas. De ahí que vemos lo acontecido como un evento que nos debe servir para la reflexión, para que nos empeñemos en organizarnos como sociedad e insistamos en hacer realidad nuestros reclamos por tanto tiempo ignorados, pero que son esenciales para la familia y la nación cubanas.

El espíritu y los reclamos del 11J siguen vivos, en tanto las causas que lo hicieron posible se han agravado. También continúa latente el deseo legítimo por alcanzar un espacio común en el que las diferencias, los disensos y la necesidad de cambios se canalicen por vías democráticas, participativas y en paz social.

Luchar por un mejor país es un deseo y una aspiración legítimos que ningún gobierno podrá impedir eternamente.

A un año del 11J, en momentos que nuestro país continúa viviendo momentos críticos, Cuba Próxima reafirma su propósito de contribuir a la instauración de una República plural y democrática, en la que prevalezca una sociedad civil comprometida con la libertad, los Derechos Humanos, el imperio de la Ley, la inclusión, el diálogo y el bienestar de la nación.

Junta Directiva de Cuba Próxima, 11 de julio de 2022.

Escribir sobre el 11 de julio (11J) es un fantasma que me persigue. A veces creo que lo pierdo, pero regresa. De ahí que la principal razón para escribir este texto sea por fin exorcizarme, aunque puede que no para siempre. Mis ideas sobre el 11J han ido cambiando. Pasé de pensar el mismo día a las 12:00 a. m. que todo era otra exageración de las redes sociales, a creer que era euforia colectiva, el resultado de muchas frustraciones concentradas, y luego valoré seriamente renunciar de una vez a las causalidades. De todos esos estados, solo me concentraré en el último.

¿Qué es una causa?

No sé cuántos más compartan mi opinión, pero no puedo nombrar la palabra «causa» sin que me vengan a la mente la lógica formal y la matemática. En un ejercicio normal de ciencias sociales, un investigador detecta las causas, las condiciones y el detonante de un hecho como mismo se estima la longitud de una pista de carreras: conociendo el punto de arrancada y la meta. El problema yace en que la causa, la condición y el detonante no son cuantificables, a diferencia de la meta, la arrancada y la longitud. El juego solo es posible si se toma una parte y se definen, a partir de esta, las otras dos. En pocas palabras, si de esas tres categorías se trata, el pensamiento nos juega la trampa de definir una *a priori*, para que luego definamos las demás pensando que las estamos «descubriendo».

La categoría «causa» se remonta al origen de la filosofía como sistema. Las cuatro causas aristotélicas de la sustancia son la caja de Pandora de la ciencia. Una relación de causalidad sería una especie de relación de identidad, representada con el popular signo de igual (=). Una función matemática expresa que determinada cantidad de variables combinadas causan un resultado (otra variable). Y se escribe que la combinación de causas es igual al resultado. Y viceversa. Si una combinación de variables solo puede ser igual a otra, esa otra solo puede ser igual a esa combinación de variables.

Solo llegaré a la cima si logro recorrer todo el camino. Si me ves en la cima, es que hice todo el camino. Una parte cualquiera de los dos extremos implica la otra. Si no estoy en la cima, es que no recorrí todo el camino. No se puede decir que X causa Y, y que luego ocurra Y, y resulte que X no fuera la causa.

Quien no haya visto una montaña

Para determinar la causalidad o la identidad se necesita observar y medir las variables. Eso lleva procesos previos y posteriores. Como mínimo: escoger el marco referencial desde el cual se definen las variables (teoría), escoger las herramientas de medición correctas, escoger el lugar desde el cual hacer la observación para la medición. Ahí aparecen una buena parte de posibles trampas.

Imagine, lector, que justamente está en un recorrido que incluye una montaña, que es inmensa, por cierto. Hay que subirla primero, luego bajarla. Supongamos que todas las observaciones se hacen en el tramo de subida. En la búsqueda de causalidades se pueden dar algunas que solo se correspondan con la pendiente ascendente. Por ejemplo, la relación entre tiempo de viaje y cosquillas en el estómago. Es poco probable que en inclinaciones hacia arriba se sientan cosquillas en el estómago. Hay una tercera variable ignorada, que

es precisamente la que determina las cosquillas en el estómago, fuera del tiempo y las propias cosquillas: la pendiente del plano. Luego, se pudiera decir que la relación de causalidad se da en determinadas condiciones. Cuando la pendiente es ascendente, no importa el tiempo, no se sienten cosquillas.

Suponga que esa tercera variable, dígase la condición, es advertida en la observación (porque usted conoce las pendientes ascendentes y las recuerda). Por tanto, usted llega a la misma conclusión descrita en la última oración del párrafo anterior, lo cual es favorable en materia de conocimiento. Pero ¿puede usted, sin haber visto jamás una montaña, solo a partir de la medición realizada, prever dónde y cuándo dejará de ser la pendiente ascendente? A partir de observaciones, solo podrá saberlo cuando llegue a ese intervalo. ¿O puede, con la observación solamente, sacar la idea de la pendiente? La idea de una pendiente hacia arriba o hacia abajo no brota de la medición hecha en este caso. Se trata de conocimientos externos a la observación. En otras palabras, la condición ni siquiera puede ser advertida en el estudio.

Asumamos que la observación tomó una muestra más grande, y se hace en la subida y en la bajada. Ahí se detecta que, en bajada, se siente una cosquilla los primeros segundos, luego esta desaparece. Pero como la observación es en subida y bajada, queda que la relación de causalidad sí depende del tiempo y de la inclinación de la curva. Gracias a una observación amplia, hay una relación de causalidad de, al menos dos variables. Así, se sabe que si se siente la cosquilla en el estómago es que se está en los primeros segundos de una bajada.

Claro que las cosquillas en el estómago no ocurren solo en una bajada. Puede ser también una sensación asociada a los nervios, por preocupación o hasta felicidad. Por lo que la única causalidad de sentir las cosquillas no es la bajada en los primeros segundos. Para que esa relación específica sea de causalidad habría que decir que si se siente la cosquilla en el estómago durante algún viaje es que se está en los primeros segundos de una bajada. Por tanto, se puede hablar de causalidad en un marco, dígase condiciones específicas.

La búsqueda de esas causalidades se hace aún más compleja cuando de medirla se trata. De hecho, el uso serio de las matemáticas las ve como un ideal. En la ciencia se opera con probabilidades, que es lo más cerca que se está de la causalidad. Se trata de un paso sinónimo de madurez.

Una vez que la estadística inferencial supone que conoce lo que desconoce, con sutileza, entonces empieza a conocer lo que desconoce. Se trata de asumir que se sabe lo que no se sabe. Por eso, la estadística inferencial supone la distribución probabilística de su error, para hallar la causalidad, identidad entre dos variables.

Cuando se trata de una causalidad compleja, múltiple, entonces lo más normal es hacer constante una de las variables causales, para medir la otra. Cuando en la práctica esa variable se mantiene constante, no hay problemas, pero... y si al subir y bajar la loma existe un proceso desordenado de aceleración y desaceleración, ¿se comportarían igual las cosquillas en el estómago? Para saber el efecto de la velocidad habría que neutralizar, desde el punto de vista experimental, el efecto tiempo y la propia pendiente. Nada sencillo, sin dudas. La estadística inferencial se las ha arreglado para intentar neutralizar variables y medir con el mayor rigor posible, pero no se logra más que una aproximación.

Sin las condiciones, la causalidad es un golpe a ciegas, un juego de azar que puede teóricamente funcionar unas veces, otras no. Quienes desconocen esto son los que llevan un modelo económico, sociológico, cultural que explica determinadas causalidades en un contexto y lo intenta aplicar a otro.

Las condiciones no son más que otras variables (implícitas, matemáticamente hablando). Un modelo puede tener tantas variables implícitas como pueda detectar el investigador. De hecho, las variables implícitas responden aquellas preguntas que el investigador no se ha hecho, es decir, a los problemas implícitos en una relación de causalidad. Por lo general, son problemas que aparecen con el tiempo. Un buen ejemplo es la mecánica clásica. En todos sus modelos (teóricos) iba implícito que el tiempo funcionaba como una constante. Hasta que alguien no descubrió esa relación implícita, no se dieron cuenta que esa física no ofrecía

causalidades universales, sino de unas condiciones específicas, por tanto, de un comportamiento específico de la variable tiempo. Moraleja: la causalidad, tal y como la conocemos, es una lectura, una de las tantas posibles, a determinado nivel de profundidad, que establece una identidad entre dos o más variables explícitas, de las tantas que confluyen en un fenómeno. Para que ocurra la identidad, tiene que darse determinada relación entre todas las variables implícitas. Por tanto, la relación causal es una identidad a nivel de lenguaje, no precisamente una identidad del fenómeno.

Por si fuera poco, la relación entre dos variables siempre esconde otras, es decir, es cualitativamente continua. Si decimos que al disparar una bala al pecho, la persona muere, en principio hay una causalidad. Pero hace falta que la bala dé en el corazón, que sería otra variable, y que afecte algo que provoque un fallo (otra variable más), y así, con niveles de complejidad tanto como se planteen las preguntas de investigación o la ciencia empleada.

Lo que quiero decir es que las ciencias sociales le llaman causalidad muchas veces a lo que no lo es, o a lo que solo lo es en determinadas condiciones, las cuales se ignoran en muchos casos.

Predecir una protesta

Si a la estructura de la identidad, dígame causalidad, le quitamos su cualidad de identidad, nos queda algo: una implicación lógica. Es muy difícil establecer causalidades en la ciencia, pero es mucho más sencillo establecer implicaciones lógicas. Es decir, estructuras analíticas que permiten ordenar la relación de que una cosa lleva a (pensar) la otra. Por tanto, existe una relación con cierta lógica, aunque no sea de causalidad.

El 11J la gente salió a la calle. De eso se puede hacer una serie de implicaciones, es decir, de variables que implica el 11J como hecho. Hablo de todo aquello que se puede inferir del suceso. Por ejemplo, implica que eran demasiados los problemas y las carencias en las familias, que había deseos de gritar muchas consignas contestatarias, que había una esperanza en que protestar podía ayudar a mejorar, y así un gran número de «conclusiones».

El error estaría en suponer que esa implicación lógica puede leerse en el sentido inverso, por tanto, en suponer que hay una causalidad. Así, que haya demasiados problemas y carencias familiares, que haya muchos deseos de gritar consignas contestatarias, que exista la esperanza de que protestar servirá, no implica que vaya a ocurrir una protesta social. De hecho, esas implicaciones puede que lleven años existiendo.

Lo que abunda es estar empeinado en que el conjunto de implicaciones (lógicas) del hecho sean su causa, cuando, en realidad, a lo más que se puede aspirar es al revés: desde el hecho, conocer las implicaciones. Las ciencias sociales han estado empeinadas en ir contrarios a lo que se puede hacer como ciencia.

Los traductores del 11 de julio

¿Qué pueden aportar los intelectuales y científicos sociales en general? Lo primero es saber las limitaciones de lo que pretenden hacer, y saber qué es lo mejor que puede hacerse. La variante de buscar las causas, tal y como puede entenderse una causa científicamente, es un error. Incluso, refuerza esa vieja manía de construir certezas, lo cual era señal de poca sabiduría, según se pensó en algún momento.

Por otro lado, queda el tema comunicacional. Más que causas, que ya sabemos que como tal no son, lo que se produce entonces es un discurso con una función ideopolítica que, en el mejor de los casos, puede ser una herramienta de comunicación para los sujetos del 11J. En la mayoría de los casos, los intelectuales producen discursos que no pocas veces actúan como cuerpos externos. Lo son en la medida en la que los discursos teóricos no están en la clave del lenguaje de las protestas. De hecho, el lenguaje de las protestas no es acto para los estándares comunicacionales teóricos.

Por tanto, el discurso de las ciencias sociales solo puede aspirar a *traducir* el de las protestas, así como su sentir, pero ¿para qué? Decir a alguien que en realidad no conoce sus acciones y que se las va a explicar sigue siendo un acto colonizador por definición.

Sabemos que esa no es la intención de las ciencias sociales en general, por tanto, que no está dirigido su discurso a los sujetos del 11J. ¿A quién entonces? A otros, sin dudas. Pero ahí regresa el papel de traductor. «Ellos salieron a las calles por esto y aquello...». Pero los sujetos del 11J tienen boca, y no necesitan que nadie hable por ellos. En su falta de homogeneidad, tienen voz propia. La tuvieron para salir: ¿no la tendrán para decir por sí solos? Hablar de ellos puede convertirse en un hablar *por* ellos en la medida en que se intenta traducir su discurso a otro lenguaje.

Por último, queda la opción del discurso sobre el 11J que se legitime dentro de la academia, lo cual puede ser muy útil, pero este tendría que ser un discurso puesto a circular solo en la academia, para no confundir a los receptores fuera de esta.

Y dado que los intelectuales tienen que tener un papel más allá de la academia, lo primero sería reconocer que no fueron los sujetos del 11J, porque no fueron las mayorías, ni la dirección.

El 11J es resultado de un sentir en una colectividad: no le debe nada a los intelectuales. No se salió a las calles por lo aprendido en un artículo de intelectual alguno.

Por lo que, en el papel de la modestia, va quedando asumir la posición del acompañante, no del traductor, no de la conciencia guía, sino del facilitador. El intelectual no fue la conciencia, ni lo será. El intelectual, armado de las ciencias sociales, debe usar ese arsenal para facilitar mecanismos y procesos que sirvan para materializar las demandas sociales. Deberían intentar ir al lado, solo al lado, y al servicio de los sujetos del 11J.

Nota: Este texto se escribió en diciembre de 2021.

11J: EL ESTREMECIMIENTO DE UNA NACIÓN

11J: EL ESTREMECIMIENTO DE UNA NACIÓN Roberto Veiga González

Las inéditas [protestas iniciadas en Cuba el 11 de julio \(11J\)](#), [extendidas durante tres días](#), [constituyen una manifestación nacional](#) por el número de ciudadanos implicados, la diversa composición de estos —desde la mayoría de los indicadores posibles—, la cantidad de ciudades y pueblos donde ocurrieron, y la amplitud de las causas y el horizonte de los reclamos.

Ello, a su vez, resultó [un ejercicio directo de la soberanía popular](#). La generalidad de los manifestantes dejaba claro que no sentían representación en las instituciones públicas, llamadas a canalizar su soberanía (puesto que ella radica en el pueblo, no en el Estado, quien solo debe servirle).

Las manifestaciones fueron pacíficas, si bien expresaban furor, lo cual puede formar parte de acontecimientos de esta naturaleza. Sin embargo, no faltaron hechos vandálicos, pero fueron actos minoritarios, aunque el oficialismo pretenda sugerir lo contrario.

Otra cosa: el enfrentamiento con policías y la embestida a vehículos del orden, etcétera, no fueron sucesos vandálicos, sino respuesta obvia a [la represión por parte de fuerzas policiales, que respondía al mandato gubernamental de enfrentar a “revolucionarios” y “mercenarios” a manera de combate](#).

Esto último, en primer lugar, convirtió una manifestación nacional cívica en un estallido social; y, en segundo lugar, provocó que [una manifestación iniciada con hálito de furor, culminará asentando en el país un espíritu de odio](#). Craso error que costará caro.

II

Desde hace mucho tiempo evolucionaban en Cuba las condiciones para una expresión social de este tipo. El país ha ido adentrándose en una espiral descendiente de pobreza, desigualdad, desesperanza, polarización y hemiplejía política. Ello, en buena medida, no ha sido producto directo de las políticas de confrontación que gestionan poderes estadounidenses, sino de los temores del poder a la libertad, si bien lo anterior afecta de modo significativo.

El Gobierno gestiona los asuntos, pero siempre velando que la satisfacción del bienestar social y las demandas ciudadanas no pongan en riesgo ciertos dogmas ideológicos fundamentalistas que, definitivamente, solo conceden todo el control al poder y limitan la autonomía y potencialidad de las personas, las ideas, las oportunidades.

Esto, además, ejecutado con impericia, ha instalado una especie de asfixia social, con intensas y prologadas —aunque también serenas y pacientes— alertas provenientes de diversos sectores sociales que el gobierno no atiende, a veces con procacidad, e incluso reprime, cuando esto no basta para silenciarlos; lo cual se ha escalado en el último año.

Como consecuencia, desde hace tiempo se gesta una consideración general de hecatombe endémica; la sociedad comparte un ansia de bienestar que progresivamente se convierte en opción social, y los mecanismos del Gobierno para sujetar la autonomía ciudadana ya no ofrecen los provechos de otrora, por el contrario; aunque al parecer, los gobernantes cubanos no lo comprenden o no desean comprenderlo. De este modo, el propio Estado ha ido instaurando un escenario político signado por la noción de “ellos o nosotros”.

El poder ha sido incapaz de comprender que su mayor peligro no está en aceptar las políticas de cambios, sino en frenarlas, detenerlas, reprimirlas, desarticularlas. Esta es la causa eficiente de la manifestación cívica del 11J convertida en estallido social, y el riesgo más sensible que actualmente padece la República, la nación.

III

La dimensión de tales protestas indica la apertura de una época política. Mas la convocatoria oficial al combate civil ubica la probabilidad de un alumbramiento marcado por el dolor, la rigidez, el odio, la agresión y la venganza.

Al menos las multitudes que protestaron no reconocen legitimidad al Gobierno. Este, por su parte, se moviliza, pero no atiende los reclamos. Solo anuncia menos carencia de electricidad y la conformidad para que los emigrados provean a sus familiares de medicinas y alimentos. Nada acerca de reformas a favor de las oportunidades económicas, sociales y políticas imprescindibles para lograr el bienestar de todos y cada uno.

También advierte el enjuiciamiento de manifestantes. Queda por observar si se refiere a quienes cometieron actos propiamente delictivos, o al respecto posee un criterio extendido e ilegítimo. Si fuera solo a los primeros, igualmente habría que encausar a quienes desde los grupos oficiales cometieron delitos de violencia desproporcionada, lo cual dudo que acontezca. A la vez, muchísimos ciudadanos todavía padecen arrestos arbitrarios o desapariciones, sin posibilidades de protección judicial.

Tal vez sobrevenga una senda que conduzca a un “infierno ardiente”, o por lo menos a un “pantano horrendo”. Debemos revertir ese peligro, so pena de quebrantar la patria, acaso para siempre. Pero ello sería arduo, al menos, por seis convicciones.

- **Primera convicción:** El poder tendría que disponerse a una apertura, y ello no corresponde a su naturaleza.
- **Segunda convicción:** La sociedad necesita una opción sociopolítica —varias opciones— con horizontes sólidos que puedan ser apreciados por los más variados y amplios sectores nacionales e internacionales, incluso por segmentos cercanos al oficialismo.
- **Tercera convicción:** Debemos asumir el diálogo y la concertación como recursos fundamentales para cualquier cambio, a pesar de que ello resultó deslegitimado en Cuba porque el Gobierno ha despreciado y quebrado tantísimos nobles esfuerzos en este sentido. Pero sería posible reivindicarlo como procedimiento, no a modo de finalidad, para lograr los cambios sociopolíticos necesarios, los cuales sí serían el propósito de toda concertación.
- **Cuarta convicción:** Lo anterior exige una racionalidad de la política que evite lo emocional. Esto no implica convertirla en mero calculo oportunista, sino en eficacia. Lo cual resulta únicamente cuando la razón soslaya las exaltaciones de los instintos, pero ancla en esa fuerza humana que solo proviene del corazón.
- **Quinta convicción:** La política suele reclamar la negociación, entendida como el compromiso necesario para conseguir de conjunto el beneficio de los más diversos intereses sociales y políticos. Ello no tiene que funcionar para cada asunto cotidiano, pero sí en relación con las cuestiones fundamentales, generales, trascendentales. En nuestro caso, por algún tiempo, debería ser una pauta casi ordinaria.
- Sin embargo, y aquí la **Sexta convicción**, hago una salvedad en torno a la negociación como principio. Para que el diálogo y la negociación no se conviertan en un despreciable calculo oportunista, deben

orientarse exclusivamente hacia la protección y desarrollo de los fundamentos primarios de toda política decente. Por ejemplo, la libertad y los derechos humanos, la democracia y el imperio de la ley, el bienestar y la paz. Estos sí han de ser innegociables.

*Texto publicado originalmente en *Hypermedia Magazine*.

Elena Larrinaga, presidenta de la Red Femenina Cubana, responde a *Cuba Próxima* sobre el 11-J.

1- ¿Cuál ha sido el significado de las protestas del 11-J para Cuba y el gobierno?

Las protestas del 11-J evidencian que el gobierno ha perdido el control que ejercía. Además, su respuesta ha puesto en evidencia la auténtica naturaleza del régimen.

El pueblo, sin miedo (lo más relevante), ha pedido libertad, lo cual expresa que el apoyo al sistema es sobre todo virtual y no tan real. Con ello, se han invertido los roles. Sobre el gobierno gravita ahora el desconcierto, la preocupación e incluso el miedo.

2- ¿Cuáles son las motivaciones y las causas del 11-J?

El pueblo no se siente representado por un gobierno que ha demostrado que su prioridad es mantener el poder, haciendo dejación absoluta de sus “supuestas funciones”. Las cuáles deberían de ser, como corresponde, velar por el bien de sus ciudadanos.

Los jóvenes no han vivido la épica revolucionaria, quieren soluciones novedosas que respondan a los tiempos actuales, y la revolución ha demostrado haberse anclado en el tiempo. No es operativa.

3- ¿Cómo evalúa la respuesta del gobierno cubano y su interpretación de estos sucesos?

La respuesta del gobierno ha sido meridiana.

El Sr. Díaz Canel ha demostrado un desprecio manifiesto hacia el pueblo.

Ha intentado vaciar los contenidos de las protestas, aseverado que la libertad es un producto importado, deslegitimando el derecho de los cubanos a exigirle al gobierno.

Ha llamado al combate, lo cual supone un delito de provocación al odio, agravado por su posición como dirigente. Esto último eleva tal delito a la categoría de lesa humanidad.

Ha acusado al pueblo de querer secuestrar la soberanía que le es propia.

En definitiva, la respuesta gubernamental ha sido un desastre, totalitaria, prepotente, ignorante.

O sea, hemos visto un gobierno vencido por la realidad.

4- ¿Qué criterios predominan sobre el 11-J en la opinión pública nacional e internacional?

El criterio general es de apoyo a las protestas.

La comunidad internacional conoce muy bien los entresijos de esta realidad, aunque pesan los intereses de muchos por diversas razones, ideológicas, económicas, espurias, etcétera; razón por la cual a veces no expresan opiniones transparentes.

5- El 11-J estremece la nación, ya devasta por los frágiles soportes del inmovilismo oficial que, además, desatada odios y coloca a Cuba al borde de una guerra civil. El país no puede permanecer en esta condición. ¿Cómo deben actuar el gobierno, la oposición democrática y la sociedad civil para un cambio sociopolítico que además implique una reconciliación nacional?

Se hace necesaria una “transición pacífica” y una “Reconciliación Nacional”. Para ello, los protagonistas o responsables de las malas praxis se tendrán que hacer a un lado. Todos debemos dar un paso al frente y asumir el riesgo necesario.

Sólo la auténtica voluntad política de sacar al país hacia adelante lo hará posible. Las cuestiones personales deberán quedar apartadas.

Pío E. Serrano, escritor y editor, responde a *Cuba Próxima* sobre el 11-J.

1- ¿Cuál ha sido el significado de las protestas del 11-J para Cuba y el gobierno?

Estas protestas significan para una parte importante del pueblo cubano el trazado de una línea roja que invalida cualquier tipo de diálogo o encuentro con quienes ignoren el espontáneo grito de “¡Libertad!” de una parte importante de la sociedad cubana, dentro y fuera de la Isla. Y para el gobierno, haber recibido el rechazo más explícito y terminante desde 1959.

2- ¿Cuáles son las motivaciones y las causas del 11-J?

A estas alturas, las causas y las motivaciones ya poco tienen que ver con la escasez, la falta de electricidad y agua, el fracaso sanitario ante la epidemia. En realidad, se trata de un sumatorio que las encierra todas, pero que las desborda para convertirse en un “basta ya” al régimen mismo.

3- ¿Cómo evalúa la respuesta del gobierno cubano y su interpretación de estos sucesos?

Como no podía ser de otra manera, el gobierno, representante del régimen, respondió torpemente con la fuerza. Seguramente, comprendió que las protestas eran algo nuevo y que ya no podrían acallarlas con las habituales e insulsas promesas imposibles de cumplir. Por otra parte, el gobierno dejó ver en sus intervenciones posteriores la falta de liderazgo de sus representantes y la vacuidad de sus discursos.

4- ¿Qué criterios predominan sobre el 11-J en la opinión pública nacional e internacional?

El criterio predominante es el de que, si bien no conseguirán derribar al régimen de inmediato, sí han dejado la impresión de sus justas reclamaciones, de la fragilidad y el temor del gobierno y que se han convertido en el preámbulo de nuevos sacudimientos de consecuencias todavía imprevisibles.

5- El 11-J estremece la nación, devasta los frágiles soportes del inmovilismo oficial, desatada odios y coloca a Cuba al borde de una guerra civil; condición en la cual no debe permanecer el país. ¿Cómo deben actuar el gobierno, la oposición democrática y la sociedad civil para un cambio sociopolítico que además implique una reconciliación nacional?

El gobierno tiene que disolverse; la oposición democrática real y la sociedad civil en la calle saben que no habrá reconciliación nacional sin una previa reconstrucción nacional que excluya presencia alguna de los representantes del gobierno.

Antonio Guedes, presidente de la Asociación Iberoamericana por la Libertad, responde a *Cuba Próxima* sobre el 11-J.

1- ¿Cuál ha sido el significado de las protestas del 11-J para Cuba y el gobierno?

Las protestas de esta envergadura, espontáneas, son las más importantes durante décadas en Cuba y posiblemente ni aún en la época de Batista y Machado fueron tan extensa al mismo tiempo. Muchos cubanos perdieron el miedo el día 11 de julio y tomaron conciencia colectiva que la mayoría ya no puede soportar más el régimen comunista. Quizás sorprenda, aunque se veía venir que era algo que se estaba gestando. Los que han salido a las calles son gentes fundamentalmente menores de 40 años, que ya no aguantan y no se creen la revolución. El discurso revolucionario se ha agotado para la gente joven. Estas manifestaciones han hecho cambiar de bando el miedo y el poder político-militar-empresarial, ha recibido un mensaje contundente.

2- ¿Cuáles son las motivaciones y las causas del 11-J?

Tiene múltiples causas. La primera es el hartazgo del pueblo después de más 60 años de un sistema minuciosamente ineficaz para generar riquezas y su quiebra política. Otro factor es la reducción del petróleo venezolano, lo que ha provocado constantes apagones eléctricos, aunque no son nuevos, en Cuba se llama “alumbrones”, porque de vez en cuando viene la luz y lo normal es estar apagados. Otro elemento es la pérdida de remesas que han caído sustancialmente, por culpa principalmente de una dictadura que quiere controlar toda llegada de ayuda a las familias. La disminución del turismo por la pandemia, Cuba no es el país más turístico del Caribe, pero este sector aportaba ingresos. Otra causa es el llamado reordenamiento económico puesto en práctica por el régimen, y que son medidas que endurecen la vida de los cubanos relacionadas con el uso de la moneda y los impuestos a los emprendedores, los llamados cuentapropistas. Pero hay que añadir cuatro elementos novedosos: la nueva generación que no quieren vivir como sus abuelos y padres. Las nuevas tecnologías (las redes sociales) a pesar de que en Cuba tienen muchas limitaciones y costo. Por otro lado, no hay en el horizonte una salida masiva de cubanos hacia Estados Unidos como ocurrió en otras épocas, en los años 60 por el puerto de Camarioca, en el 80 por el Mariel y en el 1994 la Crisis de los Balseros. Finalmente, casi desaparecieron los dirigentes históricos del régimen.

3- ¿Cómo avalúa la respuesta del gobierno cubano y su interpretación de estos sucesos?

La alternativa del régimen es la represión, no saben hacer otra cosa, pero cada vez les resultará más difícil. Pueden acallar temporalmente, era lo esperado de ese sistema, pero como las causas persistirán, las protestas, la rebelión del pueblo continuará más temprano que tarde.

4-¿Qué criterios predominan sobre el 11-J en la opinión pública nacional e internacional?

Aunque es difícil saber exactamente la opinión del pueblo cubano que vive dentro de la Isla, entre otras razones por la naturaleza totalitaria de ese sistema; sin embargo, es fácil imaginar que predomina el criterio

que la mayoría está harta de ese régimen, que el gobierno es brutalmente represivo y que es el principio del fin. Gran parte del mundo está entre sorprendido, solidario con el pueblo cubano y callado con las injusticias, porque no

conocen o no quieren saber la naturaleza del comunismo. Los cambios de libertad de Cuba cuando lleguen cogerán al mundo de sorpresa, como cuando se derrumbó el comunismo del Este de Europa.

5- El 11-J estremece la nación, devasta los frágiles soportes del inmovilismo oficial, desatada odios y coloca a Cuba al borde de una guerra civil; condición en la cual no debe permanecer el país. ¿Cómo deben actuar el gobierno, la oposición democrática y la sociedad civil para un cambio sociopolítico que además implique una reconciliación nacional?

El gobierno no actuará de otra manera, sino con la represión y el miedo, no saben, ni quieren hacer otra cosa, no pensar esto es desconocer la naturaleza del comunismo, excepto tomar cosméticas medidas para ganar tiempo. Por supuesto es probable que en un momento dado si el entramado político-militar-empresarial ve peligrar sus intereses pueden iniciar una suerte de reformas o incluso de lucha de poder entre las familias que conforman ese gobierno represor. La oposición democrática debe plantear alternativas claras y creíbles de transición pacífica hacia la democracia, hacer ver al pueblo cubano y al mundo que hay alternativa hacia un Estado de Derecho y que apoya claramente las manifestaciones libres de un pueblo cansado; al fin y al cabo, la oposición es parte de ese pueblo. La sociedad civil buscará las vías posibles para manifestar su hartazgo al sistema comunista y el deseo de libertad.

Sobre el 11-J responde a *Cuba Próxima* Elaine Acosta González, socióloga, doctorada en Estudios Internacionales e Interculturales, magister en Estudios Sociales y Políticos Latinoamericanos, y directora ejecutiva de Cuido60-Observatorio sobre Envejecimiento, cuidados y derechos.

1- ¿Cuál ha sido el significado de las protestas del 11-J para Cuba y el gobierno?

El domingo 11 de julio se vivió una jornada inédita. Inédita por su carácter masivo, espontáneo y de alcance nacional, teniendo en cuenta que se registraron protestas en prácticamente todo el país. A pesar de las lecturas parcializadas que se puedan hacer de los sucesos, lo cierto es que entre las muchas frases que se repitieron, algunas resonaron con más fuerza: “libertad”, “sí se puede” y “no tenemos miedo”, cuestión que indica, por un lado, el contenido político de los reclamos, y por otro, contrarresta la visión imperante de una ciudadanía pasiva, indiferente o despolitizada. En las últimas décadas ha emergido en la sociedad cubana un conjunto de nuevos actores con demandas y mecanismos de expresión y participación más desconectados del molde político tradicional, junto a un creciente desarrollo e influencia del periodismo “independiente”.

Lo que hemos presenciado significa también que las expresiones crecientes de descontento popular se han salido de las redes sociales y se han volcado a las calles, al unísono, evidenciando que el malestar social acumulado era profundo y transversal a la sociedad cubana y necesitaba otros canales de expresión. Estas protestas hay que leerlas también como un grito desesperado de las familias cubanas que llevan años sosteniendo con grandes sacrificios cotidianos la gestión triunfalista y soberbia de un gobierno, incapaz de reconocer sus errores y de escuchar los reclamos ciudadanos, siempre depositando las responsabilidades en terceros (el embargo, la indisciplina social, la burocracia, etc.). Estas protestas han sido una forma de hacer valer y escuchar los reclamos de una inmensa mayoría de la población que nadie escucha y que, la mayor parte del tiempo, quedan entrampados en una burocracia ineficiente y con crecientes grados de corrupción. La falta de respuesta al malestar social por parte del gobierno cubano y sus instituciones, la inmutabilidad del sistema político y su diseño institucional, el aumento de los mecanismos de represión y su mayor visibilización, han ido generando crecientes tensiones y mayores niveles de conflictividad social que han eclosionado el 11 de julio.

2- ¿Cuáles son las motivaciones y las causas del 11-J?

Las causas del 11-J son múltiples y hay que situarlas en distintos planos. Influyen elementos coyunturales, pero el carácter y repercusión de las jornadas de protestas sugieren motivaciones de un calado más profundo. Sin embargo, lo importante para lograr un análisis justo y balanceado es no simplificar las causas del 11J ni desmerecer en modo alguno el rol y la agencia de los cubanos y cubanas que, contra todo pronóstico, hicieron suyas las calles para hacer alzar su voz. Situándolas en un contexto más amplio, lo primero que cabe destacar es que las protestas aparecen en un escenario muy complejo de superposición de crisis. Son crisis, además, en todos los ámbitos, que desbordan con creces la crisis sanitaria generada por la pandemia y la gestión gubernamental de la misma, especialmente desacertada en los últimos meses.

Existían claras señales de agotamiento de un modelo de sociedad y del proyecto político, carente de políticas comprensivas que se hicieran cargo de la complejidad de las múltiples crisis. Muchas de ellas no resueltas y agudizadas desde principios de los años 90, con intervalos de relativa mejoría. La economía de la isla ya se encontraba en una situación de máxima fragilidad y se habían usado las reservas y espacios de política fiscal para suavizar los impactos de la situación previa. La presencia de válvulas de escape como la migración, acrecentada significativamente en la última década con la creciente circularización y transnacionalización de los flujos, funcionó como un dispositivo importante de aplacamiento del descontento y resolución privada del malestar social, pero es una opción cada vez más limitada, compleja y de alto costo.

Las reformas gubernamentales propuestas desde el 2008, en las que se ha priorizado el ámbito económico, han sido lentas, inconclusas y regresivas en términos sociales. La Estrategia económica-social para enfrentar la crisis sanitaria ocasionada por la pandemia, que el gobierno adopta a mediados del 2020, y la llamada Tarea de Ordenamiento, implementada el 1 de enero de 2021, son muestras de ello. El impacto de esta última en la vida de las personas ha sido altamente negativo, revelando una falta de correspondencia entre el incremento salarial y el aumento de precios. Van en la dirección contraria de lo que se supone debe ser una política social y económica en un contexto de crisis sanitaria, restringiendo aún más las posibilidades de obtención de medicinas y alimentos en la moneda en que se recibe el salario en Cuba.

Todo ello confirma y profundiza la tendencia hacia la reducción significativa en el gasto social producida en los últimos años y una retirada explícita del Estado de buena parte de los programas de asistencia. El enfoque ha cambiado hacia la focalización y familiarización de las políticas sociales, o sea, un traspaso hacia las familias de la gestión del bienestar. La creciente estratificación social y racial resultante de estos paquetes de medidas han sido una fuente de enorme frustración popular. La pandemia ha venido a reforzar el patrón de vulnerabilidad social en el país, que ha ampliado las poblaciones en riesgo. Todo esto obviamente agravado por el recrudescimiento de las medidas en torno al embargo, tomadas por la administración Trump y la falta de una estrategia de parte del gobierno cubano para minimizar su impacto.

La sociedad cubana venía mostrando síntomas de un malestar social creciente y latente, con sucesos y antecedentes previos de su agravamiento. Diferentes acciones, con mayor visibilidad y resonancia desde el gremio artístico, a las que suman acciones de reclamo popular desde las barriadas y sectores más empobrecidos (tomas de viviendas por mujeres, protestas en las calles por falta de agua o electricidad, etc.) o por las precarias condiciones de atención médica. El rol de la incipiente sociedad civil cubana hay que considerarlo también entre las múltiples causas del estallido social. El abanico de grupos y organizaciones de carácter independiente se ha ampliado, pese a las enormes restricciones. Se ha conformado una serie de grupos en torno a muy diversas demandas, ya sea en defensa de los animales, en contra de la violencia de género, los derechos de la comunidad LGBT, entre otros. El tejido asociativo y su capacidad de agencia ha crecido y se ha diversificado. Cada uno de estos grupos con demandas específicas y sectoriales, ha ido creciendo en visibilidad y presencia, especialmente a través del uso de redes sociales, y con ello disputando espacios al gobierno.

El mayor acceso a las redes sociales que, aunque sigue siendo altamente costoso, ha permitido también a estos grupos de la sociedad civil poder denunciar y exigir derechos, así como visibilizar su trabajo e incidir en el posicionamiento de ciertos temas en la esfera pública. Esto ha sido posible también gracias al trabajo de la prensa independiente y el rol de los periodistas independientes que han conformado un sistema de medios diverso y de interés cada vez mayor para la población cubana, frente a una prensa estatal triunfalista y anquilosada. Este trabajo, también ha sufrido un acoso permanente por las instituciones del Estado, vigilancia continua, encarcelamiento, pero, aun así, muchos se han mantenido visibilizando distintos problemas y articulando demandas. La fotografía del domingo 11 de julio amplifica y evidencia toda esa inconformidad latente y el aprendizaje social cívico, rompiendo el mito de que la disidencia es sectorial y vinculada a una élite ilustrada.

3- ¿Cómo evalúa la respuesta del gobierno cubano y su interpretación de estos sucesos?

La respuesta del gobierno ha sido lamentable y vergonzosa, ratificadora de su carácter autoritario. Ha sido más que evidente su accionar altamente represivo y criminalizador del derecho a la protesta y manifestación pacíficas. Es lo que claramente se interpreta de la reacción inicial del propio presidente Miguel Díaz-Canel cuando hace su primera alocución como una “orden” de “combate” y retomar la consigna de que “la calle es de los revolucionarios”.

Ha sido también una muestra de la distancia cada vez mayor que se ha establecido entre la cúpula gobernante y la ciudadanía, de su incapacidad de leer y comprender los cambios sociales y en la subjetividad que han venido ocurriendo en la sociedad cubana. El gobierno/partido ha evidenciado falta de voluntad política para gestionar con mínimos democráticos una sociedad en crisis y, en consecuencia, ha seguido comportándose como un padre autoritario que continúa infantilizando a la ciudadanía, desconfiando de su capacidad de agencia. En esta misma lógica, el gobierno no ha podido ofrecer una interpretación de los hechos que se salga del libreto “dominante”, por lo general dicotómico, con que se ha intentado deslegitimar el disenso desde los inicios del proyecto “revolucionario”.

La sociedad cubana ha experimentado una renovación de sus subjetividades y las élites políticas han sido incapaces de comprenderlas y gestionarlas políticamente. En los últimos años se ha conformado además una sociedad cubana transnacional, con todo el intercambio de bienes materiales y simbólicos que ello implica, lo que ha tenido un impacto significativo en los modos de ser, de ver el mundo, de pensar la sociedad de las cubanas y cubanos. Eso explica que los deseos y expectativas de la sociedad cubana, en su conjunto, con todas sus diversidades, vayan por un lado y que las políticas y procedimientos del gobierno vayan por otro.

4- El 11-J estremece la nación, devasta los frágiles soportes del inmovilismo oficial, desatada odios y coloca a Cuba al borde de una guerra civil; condición en la cual no debe permanecer el país. ¿Cómo deben actuar el gobierno, la oposición democrática y la sociedad civil para un cambio sociopolítico que además implique una reconciliación nacional?

En mi opinión, el 11-J establece un antes y un después en las lecturas, comprensiones y salidas a las múltiples crisis que atraviesa la sociedad cubana. Sin embargo, para que ello pueda traducirse en un proceso de cambios que facilite una transición a la democracia va a depender de muchos factores, entre ellos, de las capacidades y agencias que activemos como sociedad civil transnacional, de las alianzas que hagamos con actores internacionales, del rol de los medios de prensa, del accionar del propio gobierno cubano y, no menos importante, del de los Estados Unidos. Este es el inicio, sin dudas, de una nueva etapa, de maduración de la sociedad civil cubana, pero al mismo tiempo, de puesta a prueba de sus capacidades para enfrentar la represión y manipulación con la que está respondiendo el gobierno cubano a las protestas.

La transición hacia la democracia no la tenemos dada, no viene por manual, ni es resultado de un estallido social. Pueden existir otras salidas no necesariamente de camino a la democracia también, si es que el gobierno y los distintos actores no somos capaces de avanzar en una agenda mínima hacia dicha transición. De momento, está claro que el gobierno cubano no tiene ninguna voluntad de promover cambios que conduzcan hacia mejoras de distinta naturaleza. Antes bien, ha venido desplegando viejas fórmulas, efectivas en el pasado, para nuevos problemas.

Varios caminos están abiertos, con un conjunto infinito de obstáculos, y va a depender mucho de las capacidades, agencias y alianzas múltiples que se desplieguen, para que se abone a la reconstrucción del país y la elaboración de un nuevo pacto social. El presente es un listado, no exhaustivo, de propuestas, prioridades y caminos a tomar como resultado del estallido social del 11 de julio. Toma como premisa que se trata de un proceso de largo aliento, de cara a la búsqueda de soluciones para una salida pacífica del conflicto y la búsqueda de la ansiada transición a la democracia del país. En términos de temporalidades, considera propuestas de corto y mediano plazo, en los ámbitos político, jurídico, social y psicosocial.

En el corto plazo:

Ámbito político

- Continuar con la visibilización y la denuncia internacional de lo sucedido y de las razones que lo motivaron.
- Constituir un **grupo de trabajo/comisión, de carácter internacional** (con expertos y líderes de la sociedad civil cubana transnacional) que trabaje en un análisis de la coyuntura y realice propuestas al gobierno cubano. Contar con participación de líderes internacionales, que puedan respaldar el trabajo y sirvan de “mediadores” con el gobierno cubano.
- Hacer una **Relatoría de todas las violaciones a los derechos humanos** cometidas durante las protestas, con el fin de redactar un informe que se pueda presentar ante organismos internacionales y sea base del trabajo de la Comisión de Verdad y Reconciliación.
- Simplificar los **procedimientos migratorios** (eliminando requisitos de visa para los cubanos que abandonaron el país antes de 1971, así como las prórrogas bianuales necesarias para mantener vigente el pasaporte a quienes emigraron con posterioridad a esa fecha).

Ámbito jurídico

- Apoyar el trabajo de búsqueda y liberación de detenidos/desaparecidos, así como de asesoría jurídica de las víctimas. Habilitar vías expeditas de asistencia jurídica a las víctimas.
- Visibilizar y documentar en los medios independientes el trabajo que estos grupos de asesoría jurídica están realizando. Dar a conocer en forma permanente y actualizada las listas de detenidos/desaparecidos.

Ámbito social

- Explorar y presionar al gobierno cubano en la apertura de vías más expeditas y accesibles para enviar ayuda humanitaria (medicamentos y alimentos) a la población cubana.
- Exigir al gobierno cubano dar pasos concretos para ampliar el acceso de la ayuda humanitaria de la comunidad transnacional cubana y no solo aquella que se ha autorizado en forma personal. Las Iglesias e instituciones vinculadas a la cooperación internacional podrían constituirse en un grupo de presión al respecto.
- Fortalecer las redes de ayuda y cooperación transnacional que actualmente existen y crear otras para canalizar las donaciones y envíos.
- Visibilización por parte de la prensa independiente de estas iniciativas y ayuda en la coordinación.
- Coordinar a organizaciones no gubernamentales de la isla para apoyar con la recepción y distribución de donaciones, garantizando que estas lleguen a las comunidades y sectores más vulnerables o marginados.
- Solicitar al gobierno cubano el incremento de los vuelos procedentes de Estados Unidos y la autorización del uso de la vía marítima para la transportación de ayuda humanitaria.

- Flexibilizar las medidas de cuarentena vigentes para viajeros con carné de vacunación y prueba de Covid-19 negativa, facilitando la permanencia en sus viviendas o lugares de destino durante el periodo establecido de aislamiento.
- Elaborar propuestas de ampliación de la asistencia social y hacer incidencia para que el gobierno las implemente.
- Apoyar y fortalecer el trabajo de las organizaciones no gubernamentales que tienen iniciativas o proyectos de asistencia social y atención a grupos vulnerables.

Ámbito psicosocial

- Proporcionar apoyo psicológico a las víctimas de las protestas.
- Potenciar y apoyar el trabajo de organizaciones no gubernamentales con foco en poblaciones específicas en situación de mayor vulnerabilidad, como *Yosítecreo* Cuba, que ya tienen experiencias en brindar apoyo a mujeres víctimas de violencia de género.
- Crear/facilitar espacios de Mediación familiar para las familias fracturadas o en tensión como resultado de las protestas.

En el mediano plazo

- Elaborar una propuesta de **Mesa de Diálogo** (de carácter transnacional y con apoyo de la comunidad internacional) que considere la convocatoria para un **Plebiscito Nacional** y la constitución de una **Comisión de Verdad, Justicia y Reconciliación**.

Alexei Padilla, comunicador social, responde a *Cuba Próxima* sobre el 11-J.

1- ¿Cuál ha sido el significado de las protestas del 11-J para Cuba y el gobierno?

Las manifestaciones, la mayoría pacíficas, en todas las regiones de Cuba, rompieron el mito de la supuesta unidad monolítica del pueblo en torno del Partido Comunista de Cuba (único) y sus máximos dirigentes. Las y los ciudadanos cubanos que salieron a las calles en todas las regiones del país, lo hicieron amparados por la Constitución de 2019 que con menos ambigüedades que su predecesora, reconoce el derecho de libertad de expresión y de manifestación.

Las protestas del 11-J y las respuestas del Gobierno ante ellas evidenciaron, por tanto, el desgaste de un régimen político acostumbrado a interactuar con una sociedad integrada por personas que eran más militantes y soldados de la Revolución que ciudadanos. Vimos un gobierno acostumbrado, parafraseando a Martí, a mandar como si de un campamento militar se tratase, frente a una parte de la ciudadanía que ya llegó a su mayoría de edad.

No estoy idealizando o sobredimensionando el significado del estallido. Cuando hablo de mayoría de edad, conecto lo ocurrido el 11-J con las transformaciones por la que viene pasando la sociedad civil cubana desde la década de 1990. Ha sido un proceso de crecimiento, diversificación, pluralización y transnacionalización de la sociedad civil cubana, frente a un Partido-Estado-Gobierno que exige que la sociedad se adapte a sus objetivos y métodos y no que el Partido-Estado-Gobierno se adapte sus estructuras, conceptos y métodos a los cambios sociales. No para someter a la sociedad, sino para responder a sus necesidades, que no solo son materiales. No en balde, escuchamos personas coreando libertad. ¿De qué libertad hablaban estas personas? Pues de la expansión de los derechos civiles, políticos y económicos.

2- ¿Cuáles son las motivaciones y las causas del 11-J?

Las causas son de naturaleza económica, social, política y sanitaria. La mayoría de la población cubana y en especial las personas cuya pobreza material las hace más vulnerables, sufren las consecuencias de una crisis económica no coyuntural sino estructural, agravada por los impactos de la pandemia de la Covid-19 y el recrudecimiento del bloqueo/embargo de los Estados Unidos contra Cuba. No puedo dejar de mencionar los impactos negativos de la apertura, en toda Cuba y en números cada vez más crecientes, de tiendas en moneda extranjera que además de significar un proceso de dolarización parcial de la economía, excluye del consumo de bienes, inclusive algunos de primera necesidad, a todos los ciudadanos que no tienen acceso a divisas internacionales. Y claro, el impacto negativo de la llamada Tarea de Ordenamiento Monetario, dilatada por más de 10 años y ejecutada en medio de la pandemia. La inflación galopante es una muestra el poco éxito, hasta ahora, de esa medida.

Social, porque en la última década (2011-2021), la mayoría de los ciudadanos no ha visto cumplidas las expectativas de un aumento del salario real, soluciones para el creciente déficit de vivienda, mayor acceso a alimentos y bienes de consumo, por solo mencionar algunas. Las esperanzas que la gente tenía en los

resultados de las reformas económicas, iniciadas por el expresidente Raúl Castro, se han disipando ante la ralentización de esas reformas y la continuidad y agravamiento de la crisis económica estructural. Estamos recogiendo los frutos del “sin pausas, pero sin prisas”.

Hay que recordar que con la llegada de Raúl Castro a la presidencia del país, comenzó a predominar una visión más racionalista o tecnocrática. Fue entonces que vimos desaparecer, en vez de perfeccionar, importantes programas creados durante la Batalla de Ideas, como el de Trabajadores Sociales y la universalización de la enseñanza superior. Ese gobierno tampoco se ha resuelto el déficit de maestros y profesores en la educación general y técnico-profesional, con el consecuente impacto que eso trae en la calidad de la instrucción de niños y adolescentes.

Como el propio Gobierno ha venido reconociendo en las últimas semanas, en los últimos años la pobreza y la desigualdad han aumentado en Cuba, una realidad que las autoridades no ignoraban, pero matizaban y hasta ocultaban porque no era esa la imagen que pública que deseaba sobre el país. La prensa estatal también es responsable del ocultamiento de esas y otras realidades.

Además de lo anterior, la cubana es una sociedad mucha más diversa y plural. La posibilidad de viajar y estudiar en el exterior, el aumento de los contactos con personas provenientes de otras realidades, el aumento del consumo de productos comunicativos producidos en el exterior y del acceso a Internet, han contribuido a que un segmento conformado por jóvenes y adolescentes para los que la Revolución cubana es un hecho más del pasado que del presente, y que no tienen ni creen, como las generaciones anteriores, en que los sacrificios y carencias de hoy son necesarios y desaparecerán con el advenimiento del comunismo. Esa generación es hija de una crisis económica permanente y no conoció el breve esplendor del socialismo de Estado cubano. Pero también debo hablar de las personas maduras conscientes de que sus años de trabajo no serán suficientes para tener, en su vejez, una seguridad económica proporcional a su esfuerzo y contribución social. Las insatisfacciones de las personas no se resuelven con trabajo político-ideológico, sino con crecimiento económico y distribución justa de la riqueza creada.

Durante la pandemia, centenas de miles de ciudadanos que trabajaban de manera informal se quedaron sin ingresos y no recibieron un auxilio financiero del Estado. Habitantes de comunidades no legalizadas, en provincias como La Habana y Matanzas, además de perder sus ingresos, no tenían acceso a los alimentos que el Estado garantiza a todos los ciudadanos del país, por medio de la libreta de abastecimientos. Al vivir en viviendas no legalizadas, no tenían derecho a una libreta. Este último es un problema que el Gobierno, según la prensa, ha comenzado a resolver después del 11-J.

En lo político, la rigidez del régimen y sistema políticos cubanos. De un lado, el gobierno optó, como siempre, por la criminalización del disenso, en lugar de abrir espacios y diálogo. El gobierno cubano no dudó en atacar para destruir iniciativas ciudadanas legítimas como el Laboratorio de Ideas Cuba Posible ni en sacar de las aulas universitarias a destacados y respetados profesores que, en ejercicio de su derecho a la libertad de expresión y de prensa, publicaban artículos en medios de comunicación no estatales. Debo mencionar la publicación del Decreto 348, en 2018, y del Decreto-Ley 370, en 2019. El primero fue pensado para limitar la libertad de creación y decidir qué es y qué no es arte, y quién o no artista. El segundo, en su artículo 68, restringe la libre expresión en Internet, con el pretexto de proteger el interés público, la moral y las buenas costumbres.

El Movimiento San Isidro, hijo de la inconformidad de parte del campo artístico e intelectual con el Decreto 348, fue criminalizado desde prácticamente su surgimiento. No escaparan de esa suerte el Movimiento 27N, los colectivos feministas y antirracistas, así como la breve Articulación Plebeya y prácticamente la totalidad de medios alternativos o independientes. Desde Cuba Posible hasta Articulación Plebeya ha quedado muy claro que para el Partido-Gobierno-Estado cubano, cualquier iniciativa ciudadana que no se le subordine, será acusada de hacerle el juego a su enemigo.

Otro aspecto a considerar es el desempeño de los gobiernos municipales y provinciales durante la pandemia. Recordemos que los apagones y la lentitud de la campaña de vacunación en San Antonio de los Baños están entre las causas de las protestas en esa localidad, la primera en salir a las calles. Lo mismo aplica a la provincia de Matanzas, donde las autoridades municipales y provinciales demoraron en reconocer públicamente la gravedad de la situación epidemiológica y el riesgo de que el sistema hospitalario colapsase. El silencio de esos gobiernos locales y de la prensa, contrastaba con las denuncias de los ciudadanos en las redes sociales.

Otro elemento muy importante ha sido y es la política de sanciones del gobierno de los Estados Unidos, que apuesta a que un estallido social forzaría un cambio de régimen en Cuba. Es innegable que diferentes actores asentados en los Estados Unidos han incentivado a sus compatriotas de la Isla para que salgan a las calles a manifestarse contra el gobierno cubano. No obstante, si de jerarquizar las causas se trata, coloco en primer lugar los problemas políticos, económicos, sociales propios del país, agravados por los efectos del bloqueo/embargo y la pandemia. Cuáles de esos problemas son resultado directo del bloqueo/embargo y cuáles no, merece otro dossier. Yo defiendo que en lo político, las sanciones estadounidenses contra Cuba intensifican aspectos inherentes a cualquier régimen de corte soviético, no las crea. Los llamados socialismos reales han demostrado que son plazas sitiadas con dos muros o fosos de protección: uno para sus enemigos externos y otro para protegerse de la rebeldía de sus propios ciudadanos.

¿En qué medida los Estados Unidos son responsables de que en Cuba no exista un tribunal constitucional, de que la Asamblea Nacional no haya elaborado la ley que regula el ejercicio de los derechos constitucionales y, sin embargo, ya esté analizando nuevas leyes sobre materias penales?

No podría dejar de mencionar que el acceso de buena parte de la población cubana a Internet, pudo haber favorecido a que las protestas se extendieran a todas las regiones del país. Internet también ha sido medio muy importante para documentar el estallido social y la represión de las fuerzas del orden contra manifestantes pacíficos y personas que habrían participado en saqueos de establecimientos comerciales y agredido a policías y agentes antimotines. Mientras los medios estatales se empeñan en criminalizar las protestas y divulgar los respetables testimonios de policías y apoyadores del Gobierno que fueron agredidos durante las manifestaciones, las víctimas de la violencia policial y de las arbitrariedades del poder judicial no han tenido espacio en los medios que, según la Constitución, son propiedad de todo el pueblo. ¿Quiénes hacen parte del pueblo en Cuba? Las personas que según el Gobierno no tienen derecho a contar sus historias en los medios “de todo el pueblo”, han encontrado en las redes sociales y vehículos informativos independientes, una plataforma para contar, denunciar y exigir justicia.

3- ¿Cómo evalúa la respuesta del gobierno cubano y su interpretación de estos sucesos?

El llamado al combate, realizado por el presidente Díaz-Canel, denota que el gobierno, durante las manifestaciones, no vio a una parte del pueblo cubano en la calle, sino a enemigos a los que había que reprimir y reducir. Es muy probable que la violencia del discurso de Díaz-Canel haya contribuido a que la violencia se desatase en las calles. No hablo solo de los saqueos, ataques a instalaciones públicas, destrucción de patrullas y automóviles, agresiones contra agentes del orden, sino también de los casos de abusos contra manifestantes pacíficos, perpetrados por la policía, tanto en la calle, como en estaciones y centros de detención. Violencia de Estado que se extiende a los juicios sumarios que sucedieron las protestas.

La convocatoria al enfrentamiento violento entre cubanos es injustificable. No es lo que se esperaría del líder de una nación en la que se presumía habitaba el que llegaría a ser pueblo más culto del mundo. Las hordas armadas con palos para intimidar y golpear a los manifestantes me recuerdan los paramilitares que Gerardo Machado empleaba contra sus detractores.

La moderación que Díaz-Canel mostró en intervenciones posteriores al 11-J, demuestra el grave equívoco que cometió al utilizar frases como “por encima de nuestros cadáveres”, “la orden de combate está dada” y “las calles son de los revolucionarios”. Creo que el gobierno cubano se sorprendió con la masividad de las protestas y el hecho de que hayan acontecido en todas las regiones del país. Tal vez imaginaron que con el cerco montado a disidentes y opositores sería suficiente para evitar el estallido social. Quizás temían que la situación se les fuera de las manos, pero no hay dudas que se enfrentaron a un hecho inédito.

No obstante, hoy el gobierno cubano sabe bien lo que pasó el 11-J y la multiplicidad de sus causas. La reuniones de Díaz-Canel con jóvenes universitarios, economistas y con líderes de cristianos protestantes, agrupados en el Consejo de Iglesias de Cuba, de un lado, y la implementación de medidas postergadas, como la flexibilización temporal de la importación alimentos y medicinas, una demanda de los cubanos emigrados, el rescate de las brigadas de trabajo social, las visitas a las comunidades vulnerables, la entrega de libretas de abastecimientos a miles de familias, entre otras medidas, indican que las autoridades cubanas saben cuáles son los motivos del estallido social.

El gobierno cubano sabe que las personas que optaron por manifestarse de forma pacífica estaban ejerciendo un derecho, no delinquiendo. Pudiera decirse que la reacción del presidente Miguel Díaz-Canel –llamando al enfrentamiento entre comunistas y manifestantes– es coherente con la naturaleza de un régimen político de corte soviético y posttotalitario que desde su instauración ha criminalizado el disenso y limitado e instrumentalizado los derechos civiles y políticos de las y los ciudadanos. Empero, los máximos dirigentes del Partido-Gobierno-Estado deben entender que, con la paulatina desaparición física de los últimos integrantes de la llamada generación histórica, la legitimidad del modelo cubano como un todo, dependerá de su capacidad de satisfacer, en primer lugar, las necesidades materiales de la inmensa mayoría de la sociedad. Máxime en una época en que los problemas sociales como la pobreza, la desigualdad, los barrios marginalizados, el empleo informal, el racismo, la violencia de género, entre otros, son denunciados a diario y visibilizados, gracias al aumento del número de ciudadanos conectados a Internet.

Sorprende, por ejemplo, que países como Brasil y Perú tengan legislaciones que castigan las violencias contra la mujer, y en Cuba ni siquiera se esté discutiendo públicamente la elaboración y aprobación de una legislación similar, a pesar del aumento comprobado de los feminicidios. Es frustrante que la decorativa Asamblea Nacional del Poder Popular no sea un espacio para que representantes y representados puedan conversar sobre ese y otros temas.

De otra parte, las intervenciones y declaraciones del canciller Bruno Rodríguez hacen parte de una estrategia de defensa que intenta convencer la comunidad internacional de que en Cuba no hubo estallido social, sino disturbios en algunos puntos del país, y de la responsabilidad directa del gobierno de los Estados Unidos en los acontecimientos.

4- ¿Qué criterios predominan sobre el 11-J en la opinión pública nacional e internacional?

Necesitaríamos de un sondeo para saber las opiniones de los cubanos sobre el 11-J. Las conversaciones que tuve con familiares y amigos que están en la Isla develan una fuerte polarización. Algunos defienden acriticamente al gobierno por convicción, otros lo defienden, pero identifican sus errores, incluyendo el llamado a la violencia, al tiempo que rechazan los saqueos y agresiones. Para ellos, cualquier forma de protesta social que tome las calles no es legítimo porque altera el orden público y da armas al enemigo. Por otra parte, los medios estatales no han cesado de criminalizar las protestas, reducirlas a disturbios y ataques a comercios, centros de salud y agresiones a policías. Han impuesto la narrativa de que la mayoría de los videos en los que se ve a las tropas especiales reprimiendo al pueblo son falsos. Han denunciado las noticias falsas que han circulada en la red, pero no han exhibido los videos que documentan el carácter pacífico de la mayoría de las manifestaciones y la represión, desmedida en algunas localidades, de las fuerzas del orden. Todo eso

reafirma que los medios estatales cubanos siguen haciendo propaganda política o servicio de vocería, en el mejor de los casos. Junto al sistema educacional, los medios estatales cubanos son responsables de los déficits de cultura cívica y democrática en buena parte de los ciudadanos cubanos.

El tema Cuba es motivo de polarización en Brasil. Como era de esperar, la derecha brasileña condenó al gobierno cubano y defendió a los manifestantes. Sin embargo, no se pronunció a favor del fin de las sanciones de los Estados Unidos contra Cuba. El presidente Jair Bolsonaro dio una declaración bastante alineada con el discurso de la Casa Blanca y de la derecha tradicional en relación a Cuba. Es paradójico que un presidente que ha demostrado su desprecio por las instituciones democráticas exprese su preocupación por lo que ocurrió en la Isla.

En general, la izquierda tradicional expresó su solidaridad con el gobierno cubano y con los sectores del pueblo que lo apoyan incondicionalmente, sin mencionar la represión policial. En los días posteriores al estallido social, varios periodistas e intelectuales de izquierda realizaron análisis de la realidad cubana que prácticamente reproducen el discurso del canciller Rodríguez Parrilla y no ahondan en los problemas internos que el país enfrenta. Son análisis que ponderan la política agresiva de los Estados Unidos contra Cuba, pero ignoran los déficits democráticos del régimen político vigente en Cuba.

Parece obvio que para una parte de la izquierda brasileña y latinoamericana Cuba es, sobre todo, una referencia, un faro, el último bastión del socialismo real. Ese exceso de idealismo, que en algunos casos particulares llega a ser idolatría, les impide hacer un análisis más realista de la situación de Cuba. En algunos casos no les interesa salir de su zona de confort o burbuja ideológica. Algunas personas, inclusive jóvenes, asumen posturas más extremistas y llegan a descalificar a las personas que no comparten sus puntos de vista. A algunos les he dejado muy claro que, así como los cubanos no aceptamos la injerencia de los Estados Unidos en nuestros problemas internos, tampoco aceptamos las de ellos. Los problemas de Cuba, les he dicho, deben resolverlos los cubanos. La solidaridad que ellos profesan a la Revolución cubana no debe incluir ataques contra cubanos y cubanas que expresen sus desacuerdos con su gobierno. No obstante, el fanatismo, el fundamentalismo y la intolerancia no es patrimonio exclusivo de la extrema derecha. Por suerte, estamos hablando de un sector minoritario.

Ya personalidades como el expresidente Lula y el intelectual Frei Beto fueron coherentes con la larga amistad que han mantenido con el gobierno de Cuba. Otros sectores de la izquierda brasileña reconocen las conquistas sociales que Cuba alcanzó después del triunfo de la Revolución de 1959, condenan el bloqueo/embargo de los Estados Unidos, pero no dejan de reconocer que, como todo régimen de corte soviético, Cuba no puede ser considerada una democracia política formal. En ese sentido se pronunció Ciro Gomes, político de centro izquierda que disputó la presidencia en 2018 y pretende hacer lo mismo en 2022.

5- El 11-J estremece la nación, devasta los frágiles soportes del inmovilismo oficial, desata odios y coloca a Cuba al borde de una guerra civil; condición en la cual no debe permanecer el país. ¿Cómo deben actuar el gobierno, la oposición democrática y la sociedad civil para un cambio sociopolítico que además implique una reconciliación nacional?

El término “guerra civil” me hizo recordar que la intransigencia, la intolerancia y la legitimación de la violencia son elementos de la cultura política del pueblo cubano desde antes de la Revolución de 1959. O sea, no fueron creados por la Revolución, pero sí legitimados y están muy presentes en nuestros discursos, prácticas, en la forma como nos relacionamos con las personas con las que tenemos diferencias de criterios y/o ideológicas. Desde el punto de vista formal, los principios, valores e instituciones democráticos son el contrapeso a la intransigencia, la intolerancia y la legitimación de la violencia. El llamado al enfrentamiento entre cubanos, la participación de civiles, apoyados por agentes del orden, en la represión de las protestas del 11-J, las denuncias de maltratos físicos y psicológicos contra los detenidos en estaciones de policía y centros de detención, son ejemplos inequívocos de la legitimación de esos antivalores democráticos.

Yo no concibo el fin del bloqueo/embargo sin la reconciliación nacional. La colaboración de la comunidad de emigrados cubanos que vive y vota en ese país es un factor clave para que el gobierno de los Estados Unidos levante las sanciones económicas contra Cuba. Es improbable que alguna administración estadounidense consiga levantar todas las sanciones contra Cuba sin contar con la opinión de la influyente comunidad cubana.

Avanzar hacia la reconciliación nacional, reitero, más que un acto de fe ideológica, es una cuestión pragmática. Sin embargo, no concibo la reconciliación bajo un régimen político que hasta hoy criminaliza el disenso, no reconoce el pluralismo político, exige lealtad y confianza, al tiempo que reprime el empoderamiento ciudadano. Resulta paradójico que el gobierno cubano manifieste su voluntad de resolver el diferendo con los Estados Unidos por medio del diálogo, la negociación y el respeto mutuo, al tiempo que descalifica, criminaliza y viola los derechos de artistas e intelectuales cubanos que llegaron hasta el Ministerio de Cultura para intentar dialogar con las autoridades culturales del país. Además de con los Estados Unidos, el Estado cubano debería normalizar las relaciones con todos los sectores de la sociedad civil, dentro y fuera de Cuba.

Debo también añadir que la reconciliación no solo depende de la voluntad del gobierno cubano y de los líderes políticos de la comunidad cubana en los Estados Unidos, sino de toda la sociedad. Por tanto, creo que el papel de la sociedad civil y de las fuerzas democráticas, es seguir trabajando por ese fin. Es una lucha muy difícil, desgastante, arriesgada y, en ocasiones, frustrante, porque más que convencer a los decisores en ambos lados del Estrecho de la Florida, hay que lograr que la sociedad cubana, dentro y fuera de la Isla, defienda y se movilice por esa causa. Y eso significa apostar por la reeducación democrática, la transformación, para bien, de nuestra cultura política, por el respeto, la empatía, el diálogo. Infelizmente, no es eso lo que está predominando.

Responde el jurista Michel Fernández Pérez a *Cuba Próxima* sobre el 11-J.

1- ¿Cuál ha sido el significado de las protestas del 11-J para Cuba y el gobierno?

El 11-J es un hito en la historia de Cuba. Después de 62 años del triunfo de la Revolución cubana, ese día ocurrieron las protestas sociales más grandes en este periodo histórico. Nunca antes miles de personas, en casi todo el país y simultáneamente habían expresado su desacuerdo y frustración contra el estado de cosas en el que los que ejercen el poder político en Cuba han colocado a la nación.

Para la parte del pueblo cubano que decidió participar en estas protestas esto significó un despertar y mostró que es posible, incluso en un país como Cuba, con un férreo control del Estado y de los aparatos de represión, expresar su inconformidad con la situación en que se vive.

Para el gobierno/estado/partido significó la pérdida de un importante capital simbólico y político, al evidenciarse que un número importante de los grupos sociales más desfavorecidos estructuralmente y de jóvenes, no comparten la forma en que se hace la política en Cuba. Además, mostró que el gobierno/estado/partido cuenta con los mecanismos y recursos institucionales y humanos para sofocar específicamente este estallido social.

2- ¿Cuáles son las motivaciones y las causas del 11-J?

El 11-J tiene sus raíces más profundas en la crisis estructural del modelo de socialismo estado céntrico de partido único. Esta crisis es de larga data, desde la desaparición de la Unión Soviética y de los países del llamado “socialismo real” hasta la actualidad, el sistema cubano ha sido incapaz de generar las condiciones de satisfacción de las necesidades de su población, desde todos los ángulos posibles, tales como de crecimiento económico, distribución de la riqueza, mantenimiento y mejora de acceso a los servicios sociales, participación en la toma de decisiones, rendición de cuentas de los que ejercen el poder y también tiene una marcada relevancia la incapacidad de los que ejercen el poder en Cuba para lidiar con las políticas de sanciones económicas del gobierno de Estados Unidos, perdiendo las oportunidades en el periodo de acercamiento con la administración Obama y sobre todo estableciendo trabas, prohibiciones y sanciones que impiden el desarrollo de las potencialidades de los cubanos.

No sé cuál sería el plazo de tiempo apropiado para evaluar la gestión de un gobierno o administración, generalmente esto se hace cada 5 o 4 años, en los países que adoptan modelos de representación política. En el caso de Cuba las elecciones son cada 5 años, pero al no ser estas competitivas entre diferentes opciones de gobierno, esto imposibilita que por esta vía se cambie la administración. Han pasado más de 10 años desde que el Sexto Congreso del PCC aprobó los Lineamientos de la Política Económica y Social y según los mismos reportes oficiales han sido incapaces de implementar lo que ellos mismos acordaron. Lo menos que merecería el pueblo cubano es un gobierno que sea capaz de hacer lo que prometió. Pero esto es imposible si se mantiene el sistema de socialismo cuartelario imperante en Cuba.

En mi opinión existen cuatro aspectos desencadenadores de estas protestas en este momento concreto. En primer lugar, la pandemia de la Covid-19, que ha afectado seriamente la ya maltrecha economía cubana, privándola de una de sus principales fuentes de ingresos (el turismo), y obligada a dedicar sus escasos recursos al enfrentamiento de esta crisis sanitaria. En segundo lugar, las medidas impuestas por la administración Trump, aun cuando no han sido más fuertes que las restricciones de la administración de George W. Bush. En tercer lugar, la emergencia o destape de nuevos actores sociales opuestos al gobierno cubano, visibles a partir de la represión al Movimiento San Isidro, hecho que de alguna forma alentó la protesta frente al Ministerio de Cultura el 27 de noviembre de 2020 y más tarde la del 27 de enero del siguiente año. En cuarto lugar, el papel de las redes sociales y la ampliación del acceso a internet, lo cual facilitó las vías de comunicación e hizo más horizontal la protesta, sin la necesidad de contar con líderes individuales u organizaciones que actúen como guías en las protestas.

3- ¿Cómo avalúa la respuesta del gobierno cubano y su interpretación de estos sucesos?

La respuesta del gobierno cubano no es una sorpresa, de hecho, ha implementado los mismos mecanismos de respuesta que hasta ahora le han dado resultado, con la diferencia que en esta ocasión tuvo que hacer un uso más abierto y público de la represión a una mayor escala, sin llegar todavía a los niveles de países latinoamericanos como Colombia, Venezuela, Nicaragua o Chile, por mencionar solo los más recientes donde han ocurrido protestas de gran magnitud, si bien demostró que cuenta con las fuerzas y los recursos para enfrentar estos sucesos.

El “manual” de respuestas del gobierno cubano parte de culpar al gobierno de Estados Unidos de todo o casi todo lo malo que pasa en Cuba, fomentar teorías de la conspiración y criminalizar a todos los que de alguna manera mostraron algún tipo de liderazgo o sobresalieron durante las protestas, ya sea por acciones concretas o por publicar lo que sucedía en las redes sociales. Unido a esto minimiza la magnitud de estas y trata de hacer olvidar que algo así sucedió. A la misma vez llama “al combate” a los cubanos que apoyan a la “Revolución” y despliega las fuerzas de orden público para reprimir a los manifestantes, no solo en el momento mismo de la manifestación, sino también a posteriori siguiendo lo publicado en las redes o las informaciones obtenidas sobre los que se manifestaron.

Dentro del arsenal de respuestas se llega a convocar oficialmente a marchas y eventos, cuando por otra parte acusan a los manifestantes del 11 de julio de propagación de epidemias. El Estado cubano prioriza su propia existencia y seguridad, sobre la salud de las personas, sin contar con ningún mecanismo que los responsabilizarse o rendir cuentas sobre esta actuación.

El uso de la violencia es uno de los atributos del Estado, la pregunta importante es si el uso de esa violencia se hace legítimamente o no. La evaluación de la legitimidad del uso de la violencia no solo responde a paradigmas éticos, sino principalmente a lo que el Derecho, no solo la ley, considera justo y equitativo. En este sentido un primer punto de análisis sería si se actuó conforme a las leyes vigentes y en segundo lugar si esas leyes responden a los estándares más avanzados, ya sea en el derecho internacional o en la doctrina jurídica.

El Estado cubano en violación de sus propias leyes y de los estándares internacionales realiza detenciones arbitrarias, ya sea no dejando salir de sus casas a las personas o deteniéndolas sin una causa debida. Viola el derecho al debido proceso al no garantizar la representación letrada a los acusados, al no brindar información a los familiares sobre los detenidos, al perpetrar desapariciones forzadas. No ha realizado ninguna acción contra los que hicieron un uso excesivo de la fuerza, como se ve en múltiples videos y testimonios de los participantes, actos que clasifican como tortura y violación del principio de la dignidad e integridad de la persona. Viola el derecho a la información al cortar el acceso a internet a todo el país y a casi un mes de las protestas no da cifras oficiales de los detenidos, de los procesos judiciales realizados o las medidas administrativas aplicadas.

4- ¿Qué criterios predominan sobre el 11-J en la opinión pública nacional e internacional?

Los medios de prensa oficiales cubanos, subordinados al PCC, son un mecanismo de resonancia de la opinión gubernamental, minimizando el alcance de las protestas, criminalizando a los que protestaron, acusando de mercenarios a muchos. La excepción a esta regla fue la Revista Alma Mater que publicó un artículo dando diferentes visiones sobre las causas y la forma en que se desarrollaron esos sucesos, haciendo gala de un periodismo más imparcial y objetivo.

A nivel internacional más allá de la cobertura inicial del hecho histórico de las protestas más grandes en Cuba en los últimos 62 años, el interés por lo que sucede en Cuba ha disminuido. Uno de los aspectos más interesantes es como estos sucesos han despertado el debate en la “izquierda” internacional sobre cuáles son los límites hasta donde apoyar o justificar al gobierno cubano o condenarlo por las violaciones de los derechos y por no hacer lo necesario para evitar que esto sucediera, abriendo vías para el diálogo y la participación de los que no coinciden con la política oficial.

5- El 11-J estremece la nación, devasta los frágiles soportes del inmovilismo oficial, desatada odios y coloca a Cuba al borde de una guerra civil; condición en la cual no debe permanecer el país. ¿Cómo deben actuar el gobierno, la oposición democrática y la sociedad civil para un cambio sociopolítico que además implique una reconciliación nacional?

Del gobierno cubano no creo se deba esperar ninguna reacción en el sentido de reconocer públicamente que atraviesa una crisis que necesita reformular los mecanismos de ejercicio del poder, haciéndolo más transparente y permitiendo otras opciones políticas, aunque estas sean socialistas. Por otro lado, los más fieros oponentes al “régimen” cubano que piden intervención militar, aumento de las sanciones, son paradójicamente los mejores aliados de la burocracia partidista militar cubana, al brindarle las justificaciones para mantener Cuba bajo la lógica de una fortaleza sitiada.

En este escenario hay un grupo cada más considerable de cubanos que defienden la independencia nacional, no quieren la injerencia de los Estados Unidos en los asuntos interno de su patria y a la misma vez condenan la naturaleza no democrática, autoritaria del sistema cubano, que no reconoce el pluralismo político y condena y reprime a los que se oponen.

Ningún cambio político, revolución, transición, se puede hacer sin sacrificios. El pueblo cubano ha pagado el sacrificio mayor y es el quien decide si mantiene el actual sistema o suelta las amarras a un cambio donde la incertidumbre del futuro será el mayor temor.

11J: EL ESTREMECIMIENTO DE UNA NACIÓN

A LA ÉLITE NO LE INTERESA MODIFICAR ESE RECHAZO, SINO DOBLEGARLO

Yaxys Cires, coordinador de *Cuba Humanista*, responde a *Cuba Próxima* sobre el 11-J.

1- ¿Cuál ha sido el significado de las protestas del 11-J para Cuba y el gobierno?

Para los ciudadanos una necesidad imperiosa de desahogo y la caída del mito de que los cubanos no protestamos en las calles de nuestro país.

Para el gobierno ha sido la derrota de su estilo de dirigir un país alejado de los problemas del pueblo y solamente administrando la represión. También significa la bochornosa escena de tener que asumir a nivel internacional que todo el discurso propagandístico sobre los derechos sociales y sobre el apoyo ciudadano es una falsedad. La pobreza y los reclamos cívicos de cambio, así como la represión desatada, le han tumbarado la careta.

2- ¿Cuáles son las motivaciones y las causas del 11-J?

Cuba recibió la pandemia en las peores condiciones: con un sistema que no funciona, un régimen que continuamente evidencia su fracaso en lo político, económico y social.

Hay otros elementos que influyeron, como el divorcio entre la élite en el poder y los ciudadanos; en dos sentidos: en primer lugar, por un estilo de vida y unas condiciones materiales muy diferente a las del pueblo; y en segundo, porque a esta casta no pareciera interesarle hacer los cambios que el país necesita con el objetivo de que mejoren las cosas para la gente. Ni siquiera demostraron la mínima empatía cuando se les pidió, semanas antes del 11-J, que se abrieran a la ayuda internacional y que se entrara en el mecanismo Covax.

Por último, hay que decir que existieron cuestiones coyunturales como la reducción de las subvenciones desde Venezuela, por la inestabilidad en ese país, o la disminución de visitantes extranjeros, entre otras vinculadas con las relaciones internacionales. Pero las causas principales del problema cubano son endógenas.

3- ¿Cómo avalúa la respuesta del gobierno cubano y su interpretación de estos sucesos?

El gobierno cuenta con los instrumentos e informes de los organismos de inteligencia interna y se había preparado para expresiones de malestar social, pero muy focalizadas y de otra naturaleza. Desde hace meses había reforzado la seguridad en torno a las tiendas por MLC, previendo algún tipo de acción contra éstas por parte de gente inconforme por la escasez de alimentos. También estaba muy pendiente de las aglomeraciones, en especial de las colas.

El alcance geográfico y el contenido político de las protestas los descolocó, y por eso reaccionaron públicamente de manera torpe; mostrando el pánico que les provocó la prontitud, magnitud y extensión de unas protestas que coreaban cambios y libertad, completamente espontáneas, sin un liderazgo visible, y con una gran participación de jóvenes.

A estas alturas es muy difícil que no hayan entendido el mensaje, en especial el grado de rechazo que tienen dentro del pueblo. Sin embargo, **a la élite no le interesa modificar ese rechazo, sino doblarlo.**

4- ¿Qué criterios predominan sobre el 11-J en la opinión pública nacional e internacional?

Que la gente se cansó. Es la catarsis de una sociedad que se siente abandonada por los gobernantes, especialmente en un momento de pandemia. Hay cosas que los cubanos dejamos pasar, y que el pan y el circo hacen que se olviden, pero lo que tiene que ver con la salud y que implica muerte de familiares y amigos, nos toca de manera muy especial; y al mismo tiempo ver cómo el gobierno, cuyos miembros no hacen sacrificios, se cerraba a la ayuda humanitaria internacional.

A ello habría que añadir el triste y agotador dilema existencial entre exponerse al virus y a las multas en las colas o quedarse en casa y pasar hambre.

A nivel internacional se derrumbó ante los ojos de toda la idea de que Cuba es el paraíso de los derechos sociales y de que el régimen goza de un apoyo popular “inquebrantable”.

5- El 11-J estremece la nación, devasta los frágiles soportes del inmovilismo oficial, desata odios y coloca a Cuba al borde de una guerra civil; condición en la cual no debe permanecer el país. ¿Cómo deben actuar el gobierno, la oposición democrática y la sociedad civil para un cambio sociopolítico que además implique una reconciliación nacional?

El gobierno tiene una crisis de legitimidad y credibilidad. Una crisis que ha venido conformándose con su incapacidad de dar respuestas a las necesidades básicas de la población, pero que se reafirma cuando su propio presidente alienta a un enfrentamiento en las calles y envía a sus seguidores contra civiles que protestan pacíficamente. Solamente administra la represión.

En cualquier país normal medio consejo de ministros hubiera tenido que renunciar por tantos fracasos, desde la Tarea de Ordenamiento, el mal manejo de la crisis de las remesas, los errores de prospectiva en las relaciones con Estados Unidos y, por último, lo más importante, el nefasto manejo de la salud pública, entendido no solamente como el colapso durante la pandemia, sino por el deterioro acumulado de las condiciones del sistema.

Pero también es una crisis de representatividad. Ya los resultados oficiales del referéndum constitucional indican que una parte importante de los cubanos no está representada en las estructuras estatales cubanas. La Cuba posterior al 11-J confirma a la luz del día esa falta de representatividad de las instituciones cubanas.

Si el gobierno actuara guiado por un sentimiento patriótico y humano, debería abrir un espacio de reflexión nacional y comenzar un proceso de transición democrática; pero pareciera que no está por la labor. Lo más importante para ellos es retener el poder cueste lo que cueste.

Pero la situación general del país puede seguir empeorando y las personas inconformes dentro de las estructuras estatales darán un paso cuando ya no esté quien hoy sirve de muro de contención a las luchas internas en la cúpula. Si estando presente, la cúpula está dividida y el pueblo se ha tirado a la calle...

El escenario de menor costo social sería el de una transición de la ley a la ley, contando con todos los sectores de la oposición democrática y la sociedad civil, que desemboque en una nueva constitución y unas elecciones democráticas.

El jurista Eloy Viera responde a *Cuba Próxima* sobre el 11-J.

1- ¿Cuál ha sido el significado de las protestas del 11-J para Cuba y el gobierno?

El principal significado de las protestas del 11J para Cuba como nación radica en que han servido para desmitificar muchísimos estereotipos y conclusiones asumidas desde hace bastante tiempo. Los cubanos hemos sido considerados, incluso por un sector importante de nosotros mismos, como antes de una nación imposibilitada de afrontar de manera individual los cambios que necesita. Hemos sido etiquetados como una nación huérfana y cobarde que precisa de la ayuda de terceros para sanar, levantarse y transmutar. Desde el otro extremo del espectro hemos sido etiquetados como una nación uniforme, reunida por un consenso —“felizmente” asumido— alrededor de un partido que reúne en un solo proyecto la diversidad de toda una nación.

El 11J demostró como nunca antes que esas ideas son mitos contruidos para favorecer agendas y no para asistir al desarrollo de la Cuba con la que sueño. El principal significante del 11J emerge de la demostración de que los cubanos no somos cobardes ni menos entusiastas que otros. Somos una nación que ha sabido desenyugarse muchas veces y que ha iniciado el 11 de julio del 2021 —creo que de manera irreversible— un proceso para hacerlo de nuevo.

Las protestas del 11J demostraron además la falacia de la bondad del gobierno cubano y de la inexpugnable unidad pueblo-fuerzas del orden, manifestada en la satisfacción popular por “conquistas” materialmente resquebrajadas como la salud y la educación gratis y universal. La respuesta del gobierno cubano, la represión a gran escala desatada por los aparatos de seguridad que luego de calmada la situación de calle se convirtió en cacería quirúrgica, demostró además que en nada se diferencia el Estado/Gobierno/Partido Comunista Cubano de los fallidos gobiernos “socialistas reales” de Europa del Este o de las dictaduras latinoamericanas. Demostró que en nada se diferencia la posible respuesta represiva que ofrece al disenso el gobierno cubano de la que pudieran ofrecer otros gobiernos neoliberales de derecha. En resumen, creo que todos debemos estar de acuerdo en que después del 11J será mucho más difícil sostener la semiótica y la mística que se había construido alrededor del magnánimo proceso revolucionario y su apoyo popular mayoritario.

Al mismo tiempo, quiero creer que las protestas del 11J han sido una señal para el Gobierno. Una señal que lleva a sus puertas el mensaje de que Cuba no puede continuar siendo gobernada como hasta la fecha. No obstante, mi mayor preocupación es que, por la propia esencia del régimen cubano, ese proceso de transformación en la gobernanza —de acuerdo con sus propias ideas— no pase por la democratización, sino por la aceleración de reformas económicas —diseñadas desde hace más de diez años— que no impliquen ceder poder político, ampliar la participación política de la ciudadanía o desmontar los mecanismos de control que hasta la fecha los han mantenido a sangre y fuego en el poder.

2- ¿Cuáles son las motivaciones y las causas del 11-J?

El volumen de ciudadanos que se agolparon en las calles el 11J obliga a pensar que pudieron converger en un mismo espacio múltiples reclamos, motivaciones y formas de entender el futuro cubano. Sin embargo, un elemento común parece emerger muy claramente si se analizan las muestras gráficas y los testimonios de los manifestantes. Las protestas del 11J demuestran hastío popular e inconformidad de un amplio sector de la ciudadanía con las políticas del régimen y con su forma de gobernar. Demuestran que los manifestantes encontraron solo en la calle un espacio para que sus reclamos fueran visibilizados y oídos. Sobre todo, porque el poder se ha construido en Cuba sobre el acallamiento de cualquier demostración de disenso por básica que sea y de la negación de la realidad que viven muchos cubanos.

Cientos de los cubanos que viven realidades acalladas o negadas por los gobernantes, esos pertenecientes a sectores vulnerables o económicamente desfavorecidos, son los que salieron a la calle y se enfrascaron en acciones radicales y violentas. Esos son los “hombres nuevos” que la “Revolución” nunca pudo construir y que terminó desechando o descuidando.

En el centro de las protestas se mezclaron reivindicaciones sociales (vacunas, alimentos, prosperidad) con reivindicaciones políticas. Los gritos de cambio de régimen, “abajo la dictadura”, “no queremos más comunismo” y “libertad” también se escucharon. Eso me lleva a pensar que las causas del estallido del 11J no pueden colocarse, como algunos pretenden, en un listado cerrado. Por eso me niego a considerar que las causas y las motivaciones del 11J puedan evaluarse de manera exclusiva, como algunos pretenden, bajo la lógica determinista del conflicto Estados Unidos-Cuba.

Desde mi punto de vista, no son las sanciones norteamericanas las que llevaron al pueblo cubano el 11J a las calles. No escuché a nadie durante las manifestaciones solicitar el fin de esas sanciones, como tampoco vi a nadie pedir intervención humanitaria o militar alguna. Vi a un pueblo canalizar algunos de sus más secretamente públicos reclamos. Esos reclamos estaban vinculados con las penurias económicas que sufren, pero también con la percepción de que su pobreza se debe, en lo principal, a las incapacidades y tozudeces del Gobierno que ellos sufren y que no han podido elegir o alternar a través de soluciones pacíficas.

Otros factores influyeron sin dudas en los que sucedió el 11J. Todos los malestares derivados de la precarización de la vida y las insatisfacciones en la participación política se vieron profundamente agravados por el descontrol de la pandemia de COVID-19. Las muertes, el colapso del sistema sanitario primero localizado y después de las protestas generalizado y el sentimiento triunfalista y negacionista del gobierno ante una realidad que era innegable fueron un catalizador de la situación.

En ese sentido, si bien el acceso de la ciudadanía cubana al Internet no estuvo en el origen mismo de las protestas sí fue un instrumento esencial que permitió la expansión de las protestas a todo el país y que pavimentó la explosión popular del 11J. Desde hacía algún tiempo la ciudadanía venía compartiendo y enterándose de situaciones que antes no se socializaban con el mismo alcance y la misma vertiginosidad. El acceso de la ciudadanía cubana al Internet permitió que la gente haya ido desarrollando un proceso de redescubrimiento de la realidad y generando comunidades que comparten las circunstancias y los eventos que viven, los debaten e intentan encontrarle un sentido.

Antes del 11J se vivieron episodios de violencia política que fueron socializados y debatidos a través de las redes sociales y el Internet y que también influyeron en la materialización del 11J. Las luchas y las represiones a los miembros del Movimiento San Isidro y del 27N, el encarcelamiento de los manifestantes de la calle Obispo, el juzgamiento exprés de Denis Solis y la prisión de Luis Robles se sumaron a las campañas de descrédito en los medios oficiales que terminaron teniendo un efecto contrario a lo que los aparatos de propaganda y represión perseguían.

Me gusta pensar que la mezcla de reclamos derivados de las protestas del 11J demuestran que los cubanos que salieron a las calles ese día entienden que las penurias económicas están relacionadas de manera directa con la falta de libertades y el empecinamiento de un régimen que ha preferido mantener inamovible su monopolio político antes que impulsar reformas económicas reclamadas no solo por el pueblo llano, sino por economistas e incluso intelectuales “comprometidos”. La mezcla de reivindicaciones sociales, políticas y económicas del 11J demostró con claridad que ese sector de la ciudadanía que se lanzó a las calles tiene claro que sin democracia no puede existir prosperidad.

Entonces, si realizamos un análisis transitivo puedo decir que las personas que se lanzaron el 11J a la calle lo hicieron porque quieren democracia, porque quieren un país en el que puedan participar. La frase de una señora de la tercera edad que se manifestaba en bata de casa frente al Capitolio habanero ese día lo resume de manera clara: “Nos hemos quitado el ropaje del silencio”.

3- ¿Cómo avalúa la respuesta del gobierno cubano y su interpretación de estos sucesos?

La respuesta del Gobierno a mí en lo personal no me sorprende. El 11J el Gobierno actuó como todos pensábamos que podría actuar en una situación como esa: con represión. La esencia post-totalitaria del régimen cubano choca con cualquier argumento que pretenda demostrar la fantástica tesis —que caló incluso en algunos altos funcionarios de la diplomacia europea— de que Cuba es una democracia de partido único. El único mecanismo que ha encontrado el régimen cubano para mantener su monopolio político ha sido la represión expresada de disímiles formas.

El 11J el régimen cubano demostró su capacidad de reaccionar con la represión más violenta ante riesgos que nunca antes había enfrentado. A muchos la respuesta del Gobierno a las protestas les ha parecido un accidente. Les ha parecido el uso desproporcionado de la fuerza pública. Pero hay que decir que la respuesta del Gobierno cubano al 11J es la misma que le ha dado de forma más o menos velada a quienes lo han retado. Para mí, era una respuesta esperada y, además, directamente proporcional al riesgo que enfrentaba, que sí era excepcional e inesperado.

La respuesta del régimen cubano al 11J solo demuestra que es un régimen represivo en lo esencial. Una actitud que no depende de la conducta de actores externos. Depende de su esencia, de su incapacidad para tolerar y encausar intereses que les sean ajenos o que considere lesivos.

No obstante, no por esperada la respuesta deja de ser reprochable. Es cierto que se produjeron hechos violentos y vandálicos durante las protestas. Pero esos hechos no fueron el signo distintivo de lo que ocurrió el 11J. El signo distintivo de las protestas fue el uso masivo y público de la fuerza por parte del régimen cubano. Un uso de la fuerza que incluye testimonios de tratos degradantes y torturas que han permanecido impunes hasta la fecha. Mientras, cientos de manifestantes continúan detenidos, algunas decenas ya han sido juzgados o multados y otros permanecen bajo el control de las autoridades en espera del desenlace de sus procesos penales.

Si el signo de la protesta fue la violencia policial y el signo de la interpretación del gobierno -al menos la oficialmente publicitada- ha sido la negación. Un gobierno, que junto a su aparato de propaganda habla de que no hubo estallido social, hubo gente confundida y pagada que salió a las calles violentamente. No hubo represión policial, sino hechos aislados que mientras decenas de manifestantes fueron juzgados velozmente, todavía se están investigando. Un gobierno que a pesar del clamor popular sigue creyendo -o al menos vendiendo la idea- de que la crisis política que vive el país se resuelve con transformaciones “necesarias” de los mecanismos de participación política que ya tiene implementados.

4- ¿Qué criterios predominan sobre el 11-J en la opinión pública nacional e internacional?

Creo que existen tres grupos de criterios fundamentales que recogen las percepciones con relación a las protestas del 11J. Dos de ellos responden a una retórica a la que los cubanos estamos más que acostumbrados y es la de amigo-enemigo, bloqueo norteamericano-incapacidad del Gobierno cubano. En ese eje se mueven estos dos grupos de criterios que reflejan las antípodas de la nación cubana y la polarización de su esfera pública.

En el primero de esos grupos se encuentran los que entienden —quiero creer que, en su mayoría desde la diáspora, aunque no niego que tienen sus exponentes también al interior de Cuba— que la ciudadanía cubana es huérfana e incapaz de crecer e impulsar su propia agenda sin la intervención directa de actores extranjeros. Ese grupo de personas consideran que lo ocurrido el 11J es solo la demostración de lo pérfido del régimen y de la debilidad de los cubanos. Es el sector que ha impulsado la idea de una intervención humanitaria en atención a la abundante evidencia sobre la violación de los derechos humanos en el archipiélago.

En contraposición a este grupo se encuentra otro que igual considera que quienes se lanzaron a la calle el 11J son ciudadanos carentes de agencia. Son ciudadanos “confundidos” o plegados a agentes externos que fueron los que gestaron y financiaron los “disturbios”. Dentro de ese grupo yo ubicaría a todos aquellos —incluyendo a Gobiernos extranjeros o agentes de influencia— que han considerado que la causa fundamental de las protestas del 11J hay que buscarlas en la situación de escasez y penuria que genera el bloqueo estadounidense. Esa lógica y posicionamiento juega en el plano del discurso que los gobernantes/represores han utilizado siempre para justificar las limitaciones de derechos y que inmediatamente emplearon para justificar su reacción ante las protestas.

Por último, están las posiciones que entienden al 11J como un estallido social multifactorial, en el que el bloqueo norteamericano juega un papel secundario o complementario. Es un grupo que considera que las causas fundamentales del estallido del 11J han sido generadas en lo fundamental por la acumulación de años de totalitarismo, intolerancia y falta de libertades individuales. Años de haber vendido un proyecto de socialismo que derivó en estatización alrededor de una fuerza política que a pesar de llamarse comunista está desideologizada. Una fuerza política que más que conducir los destinos de una nación parecía —desde mucho antes del 11J— perseguir la construcción del futuro de su clase política dirigente.

Las cifras oficiales muestran que los mismos gobernantes que decidieron reprimir las protestas del 11J y culpar al bloqueo norteamericano, redujeron de manera dramática en medio de la pandemia de la COVID-19 la inversión social e implementaron un plan de inversión inmobiliaria en la industria hotelera. Dicha acción no solo está relacionada con el colapso del sistema de salud durante la ola más grande de contagios que sufriera el país, sino que en su momento fue criticado ampliamente por algunos de los más importantes economistas del país.

Antes del 11J esa misma fuerza política también se había opuesto a impulsar las normas que complementarían los derechos de cuya ampliación, de manera pomposa, se había enorgullecido al venderle al mundo un nuevo texto constitucional. Los mismos derechos que desconoció durante la represión, pública, masiva y violenta de las protestas del 11J.

5- El 11-J estremece la nación, devasta los frágiles soportes del inmovilismo oficial, desatada odios y coloca a Cuba al borde de una guerra civil; condición en la cual no debe permanecer el país. ¿Cómo deben actuar el gobierno, la oposición democrática y la sociedad civil para un cambio sociopolítico que además implique una reconciliación nacional?

Creo que Cuba está necesitada de propuestas. Tengo mis dudas sobre las posibilidades de que los gobernantes cubanos tengan la capacidad de actuar —al menos en el futuro inmediato— de forma diferente a

como lo hicieron el 11J. Para lograr una reacción diferente de parte del poder en Cuba se precisa que la presión popular que vimos el 11J se reproduzca en múltiples iniciativas que conjuguen agendas de calle con reivindicaciones y formas de actuación claras y consensuadas. Una de las principales características del 11J radicó en que no fue un estallido impulsado o dirigido por una organización o un sector especial de la sociedad civil cubana. El 11J fue un estallido social espontáneo, pero su falta de liderazgo si bien puede ser considerado por muchos su principal virtud, también fue su principal debilidad.

De cualquier forma, no creo que existan formas en que el gobierno pueda democratizarse sin que se produzca su implosión o como mínimo la destrucción de las estructuras que garantizan su poder monolítico. De ahí que la reticencia a esa democratización será permanente. Es una cuestión de supervivencia y lo saben.

Siendo así, los actores sociales que hoy intentamos hacer política y activismo desde y para Cuba deberíamos pensar en cómo canalizar ese sentimiento de democratización que se expresó el 11J. Deberíamos pensar y actuar en consecuencia para ofrecer salidas comunes a esa ciudadanía que ha hablado y no creo que lo haya hecho de forma uniforme como algunos han afirmado. No creo que sean momentos para pensar en intereses partidistas o de impulsar agendas que parecen más politiqueras que políticas. Creo que es momento de pensar cómo encontrar caminos que lleven a la gente a hallar el sendero para legitimar el derecho a la protesta y convertirlo en una común herramienta de lucha. Para eso el principal objetivo a corto plazo —pudiera parecer desvinculado— debería ser lograr la liberación de todos los presos políticos que hoy permanecen en cárceles cubanas. Arrancarle la libertad de cientos de personas a un régimen que pretende usar la cárcel y la represión como mecanismo de advertencia y disuasión, es el primer paso para demostrar poder e influencia.

Ese puede ser un buen primer paso para lograr consensos iniciales entre la sociedad civil y, además, incorporar presión a un poder cada vez más enquistado y reactivo. Un poder que cada vez deja claro que no impulsará un proceso de democratización a menos que este sea obligatorio.

Ahora bien, para ello es inexorable que respondamos varias preguntas: ¿con quienes contamos? ¿quiénes pueden impulsar ese proceso? ¿cómo responder a la represión que naturalmente se desatará? ¿cómo lograr que la constante represión de la protesta no se traduzca en un sentimiento de fracaso que termine dejando como siempre la emigración como única vía para cientos de miles de cubanos?

Lennier López, sociólogo, politólogo y miembro del Consejo Deliberativo de *Cuba Próxima*, comparte opiniones sobre Cuba y el trabajo que realizamos.

1- ¿Cuál es la situación social, económica, política y humanitaria actual de Cuba?

El país atraviesa por una de las peores – si no la peor- crisis desde los años 60. El régimen político está muy desgastado, la institucionalidad de este está frágil, y no se ve salida a la vista.

2- Ante ello, ¿cuál es la posición del poder imperante en la Isla, y cuáles otras posiciones prevalecen en la esfera pública cubana transnacional? ¿Cuáles de estas zonas ciudadanas estarían en capacidad de procurar una solución, y cómo intentarlo?

La cúpula, desde luego, parece apostar por la provisoriedad de esta crisis. El tiempo, piensan, es su aliado. La oposición de manera general parece coincidir en esto. El tiempo es el enemigo del cambio, piensan. Pero lo cierto es que hay muy pocas certezas. El tiempo también es el enemigo de Raúl Castro al mando, por ejemplo. El tiempo también podría ser muy amiga de la hiperinflación lo cual puede politizar -y movilizar- a los más apáticos. Estamos ante una situación de mucha incertidumbre aun cuando a veces todo parece estar en calma.

Sigo creyendo que una oposición tan fragmentada como la nuestra, que tiene muchos seguidores y pocos ciudadanos, que tiene muchos líderes, pero pocas alianzas, es una oposición a merced del régimen. El trabajo principal pendiente ha sido -casi invariablemente- el mismo en las últimas décadas: generar un frente común contra el totalitarismo donde todos empujemos hacia el mismo lugar, y tengamos las mismas prioridades. Desde luego, esto no significa apartarnos de nuestros proyectos particulares, que son generalmente muy útiles. Esto significa generar un frente colectivo que trascienda estos proyectos. Esto requiere canales de comunicación y colaboración, espacios de acción colectiva para, por ejemplo, ejercer presión sobre la política exterior de determinados países hacia Cuba, boicots contra determinadas empresas que respalden al régimen, y campañas de apoyo que lleguen directamente a ciudadanos que están dentro de Cuba. El otro trabajo -y que va de la mano de este- es el de prepararnos para la democracia. Es decir, formarnos en valores cívicos, aprender como pudiésemos autogobernarnos, como cuidar la cosa pública, y el respeto a los Derechos Humanos. Sin civismo no podemos aspirar a formar un frente verdaderamente amplio contra el totalitarismo y en pro de la democracia.

3- Si el poder no acepta otra opción diferente a la ofuscación y el precipicio, ¿cómo deberían asumir esta desdicha los diversos sectores ciudadanos civilistas que abogan por cambios profundos, pacíficos, consensuados?

Si la dictadura -parada frente al abismo- se empeña en la inmovilidad tendremos que hacer todo lo posible por impregnarle ese valor que le falta para saltar. O tendremos que darle el empujoncito que necesita para despeñarse. No es el escenario ideal, pero la parálisis es simplemente insostenible e inaceptable. El régimen

ya está frente a ese abismo, pero la oposición no tiene aún los recursos para hacer que la caída pueda ocurrir. Tenemos que llegar allí, para poder pararnos frente a la dictadura, y plantarle cara. Ahí ellos tendrán que decidir si saltar, si pelear para arrojarnos a nosotros al abismo, o si civilizadamente le ponemos fin a esta tragedia nacional sentándonos a acordar una transición hacia la democracia.

Parece obvio que nosotros tendremos que ir hasta esa cima donde el siguiente paso es el abismo, porque el régimen no ha mostrado nunca ninguna voluntad real de bajarse de su cúspide para negociar una salida con la sociedad civil cubana.

4- ¿Debería establecerse una Comisión de Verdad, Justicia, Reconciliación y Memoria Histórica?

Sin dudas, la memoria es fundamental para una nación. Lo mismo ocurre con la reconciliación. Es el ganador quien tiene la responsabilidad de emprender este camino de la reconciliación. Una vez el totalitarismo haya perdido, tenemos que ser capaces de reconciliarnos con nuestra historia reciente. Tendremos los demócratas que ser lo suficientemente compasivos y dar pasos hacia el perdón allí donde este quepa a la vez que se hace justicia. La justicia como venganza no nos va a servir para construir un país unido y estable. Tanto la justicia, la reconciliación y la memoria, dependen de que la verdad emerja. Los perpetradores deberán comprometerse a revelarla. Y solo entonces se puede perdonar.

5- ¿Un proceso de reconciliación nacional -democrática- demandaría acompañantes internacionales a modo de facilitadores, garantes, mediadores? ¿Quiénes podrían desempeñarlo?

El contexto dirá que actores debiesen ejercer el rol de mediadores. Organizaciones regionales como la OEA o la UE, o globales como la ONU pueden colaborar en esto. Hay también varios países con experiencia en este sentido, pero debemos ver el contexto en el que se da el proceso para evaluar con más precisión estos roles.

6- De cara a un proceso de cambio sociopolítico en Cuba por medio de una senda de diálogo reconciliatorio y democrático a la vez, ¿qué opina de las propuestas surgidas en Cuba Próxima durante los pasados meses?

La mayoría de las propuestas que encuentro en los últimos meses en Cuba Próxima me parecen muy atinadas. Hay otras que me parecen fundamentales y no las he visto. Por ejemplo, me parece de vital importancia la independencia de la institución del banco central. Ello garantiza que la clase política no use políticas económicas -como la subida o bajada de las tasas de interés- con fines electoralistas que den al traste en el largo plazo con el bienestar económico del país. Desde luego, las competencias del banco central deben ser muy limitadas, pero estas no deben estar sujetas a intereses partidistas, sino que deben seguir una lógica técnica.

Desde un punto de vista político, la institucionalidad democrática requiere también la asesoría de, entre otros, expertos en ciencia política. Es fundamental que las reglas del juego contribuyan a la justicia y la estabilidad del país. La labor pedagógica que los *cientistas políticos* podamos hacer al respecto es sustantiva. Debemos mostrarle a la gente las ventajas y desventajas de cada diseño, y así aportar a un debate público más racional y menos guiado por intereses particulares o prejuicios ideológicos.

A mí en particular, por ejemplo, me interesa mucho el tema de la excesiva fragmentación en la política y algunos de los males que suele traer consigo, entre ellos la corrupción y la inestabilidad. Hay determinados diseños que fomentan una fragmentación excesiva mientras que otros incentivan una competencia menos atomizada. Creo que es importante que los *cientistas políticos* abordemos estos temas. Desde luego, ningún

diseño por sí solo es suficiente, y todos los diseños tienen pros y contras. Necesitamos enriquecer el debate público señalando estas cuestiones para llegar a un futuro proceso democratizador con algo de camino recorrido como sociedad.

Introducción: ¿Salida o Voz?

Cuba nunca volverá a ser la misma después del 11 de julio de 2021 (11-J). En una movilización aparentemente espontánea, desencadenada por una acumulación de evidente potencial de protesta, coordinada solo a través de las redes sociales, miles de jóvenes cubanos predominantemente pobres, muchos de color, acudieron a esta y otras durante los siguientes días en el centro de La Habana y alrededor de 240 otros centros urbanos e incluso localidades rurales de todo el país^[i]. Este fue exactamente el tipo de protesta social que el aparato de seguridad cubano ha hecho todo lo posible por evitar, a través de un sofisticado sistema de identificación preventiva, disuasión, represión y condena de manifestantes^[ii]. A diferencia de la represión de la derecha latinoamericana caracterizada por asesinatos masivos y desapariciones, la forma cubana de control social se ha basado en la inteligencia y la acción preventivas.^[iii] A pesar del aparato de inteligencia muy penetrante, estas protestas masivas parecen haber llegado como una gran sorpresa, tal vez porque estos manifestantes no tenían antecedentes políticos o policiales previos. Eran simplemente la expresión de una generación juvenil (“Generación Z”^[iv]) harta de su miserable vida, sin perspectivas de mejora y con internet como arma fundamental.

Ha habido dos eventos de protesta comparables en la historia de la Revolución. El 4 de abril de 1980, un pequeño autobús con cuatro personas logró entrar por la fuerza en la Embajada del Perú en La Habana, resultando la muerte de un guardia cubano (probablemente causado por la bala de un colega suyo). El embajador peruano se negó a seguir la insistencia de Fidel Castro de entregar a los intrusos al gobierno cubano; Castro, furioso, retiró a todos los guardias alrededor de la embajada y dijo que quienes quisieran solicitar asilo en ella y salir del país eran libres de hacerlo. Un total de 10.800 cubanos lograron colarse en las instalaciones de la Embajada, y hasta 120.000 optaron por un elevador de botes -la mayoría de ellos facilitado por una “armada” de yates que llegaron desde Florida principalmente al puerto de Mariel al oeste de La Habana- para buscar y obtener asilo en los EE. UU. Más tarde fueron etiquetados como los *marielitos*.

El 5 de agosto de 1994, después de que la Guardia Costera cubana logró interceptar y devolver cuatro embarcaciones secuestradas que se dirigían al norte hacia aguas estadounidenses, varios cientos de manifestantes se congregaron en el Malecón de La Habana, en enfrentamiento con la policía. Esto se conoce como *el maleconazo*. Fidel Castro llegó al lugar al día siguiente y logró calmar los ánimos. Pero también esta vez, decidió abrir las fronteras y dejar que todos los que quisieran huyeran del país. La mayoría optó por partir en embarcaciones pequeñas y precarias. Un total de más de 32.000 -conocidos como *balseros*- fueron recogidos por la Guardia Costera de los EE. UU. una vez que llegaron a las aguas territoriales de este país entre agosto y septiembre de ese año. Primero fueron enviados a la base de Guantánamo, pero luego admitidos en los EE.UU. que les dio asilo. El presidente Clinton firmó la ley de “pies mojados, pies secos”, que de hecho admitía asilo a todos los cubanos que pisaran territorio estadounidense, hasta que el presidente Obama abolió la ley como uno de sus últimos actos presidenciales en enero de 2017. Durante la era de Obama, con su política de acercamiento con Cuba (2014-2016), un total de 125.000 cubanos, en su mayoría jóvenes y altamente calificados, migraron silenciosamente de modos mucho menos dramáticos, incluso con la posibilidad de viajar constantemente entre Miami y La Habana.

Lo común en estas instancias anteriores, fue que el gobierno cubano aprovechó para abrir una válvula de escape y dejar salir del país a miles de descontentos, en su mayoría jóvenes. Por falta de *voz*, los manifestantes tuvieron acceso a la *salida*, refiriéndose a esta clásica dicotomía discutida por Hirschman: “exit” vs. “voice” (1970)[v].

La gran diferencia ahora es que Estados Unidos no quiere más éxodos masivos de solicitantes de asilo que ingresen al territorio estadounidense. Cuba está atrapada con los manifestantes y los manifestantes están atrapados con Cuba. *La salida ya no es una alternativa a la voz.*

¿Qué tan efectivo es el control del Partido Comunista en Cuba hoy?

Para comprender la profunda crisis de legitimidad que ahora amenaza la estabilidad social en Cuba, tenemos que mirar más allá de las dificultades económicas y sociales agravadas por la pandemia Covid-19, lo que equivale a una grave desarticulación de uno de los principales logros de la revolución cubana: su impresionante sistema de salud pública. *Necesitamos analizar la evolución de las relaciones de poder.*

En general, se ha percibido que el Partido Comunista ha mantenido el monopolio del poder desde la década de 1960. Con la Constitución de 2019 definiendo al Partido como “la vanguardia organizada de la nación cubana” y “la fuerza política dirigente superior de la sociedad y del Estado” (artículo 5). Eso es, por supuesto, formalmente hablando, todavía el caso. ¿Sigue siendo esta la realidad?

Obtener la membresía en el Partido Comunista (PC), convertirse en *militante*, solía ser visto como un honor y también como un vehículo para el progreso social. Este ya no es el caso. En investigaciones anteriores (Bye, 2019) he mostrado algunos ejemplos de cómo el estatus social de ser militante del PC – y también el número de miembros – claramente ha estado cayendo en Cuba durante la última década. Es una impresión generalizada que el prestigio de los militantes del PC está disminuyendo rápidamente. Por tanto, cabe preguntarse qué tan relevante es el PC para los cubanos de a pie y para las verdaderas relaciones de poder en 2021.

Muchos observadores preferirán poner más énfasis en el poder de las fuerzas armadas, cuyo poder “dentro” del PC parece haberse fortalecido aún más después del VIII Congreso del PC en abril de 2021. Mientras que aquellos que ocupan una combinación de altos cargos militares y del PC pertenecían anteriormente a la generación Castrista, ahora también ha habido un cambio generacional en esta doble jerarquía militar y política. La excepción es el recién nombrado ministro de Defensa, nacido en 1943, Álvaro López Miera, según algunos observadores, quizás el hombre más poderoso de Cuba en la actualidad. Cabe señalar, en lo que se ha percibido como una coincidencia algo misteriosa, que no menos de ocho altos oficiales militares fallecieron, con muy escasa información sobre las causas, inmediatamente después de las protestas del 11-J.[vi]

Además, hay otra parte de la institución militar que puede ejercer aún más influencia que aquellos en el servicio activo: los gerentes de corporaciones controladas por militares. Entre ellos, el más destacado es sin duda el general Luis Alberto Rodríguez López-Calleja (nacido en 1961), director del principal conglomerado empresarial cubano GAESA, ex yerno de Raúl Castro, ascendido al buró político del PC en 2021. Junto con ellos, un grupo de ministros y sus asociados en el aparato burocrático superior de los ministerios y otras instituciones estatales, pueden ejercer más poder real que la jerarquía del PC en las gestiones cotidianas, especialmente cuando se refieren a la realidad económica del mercado internacional donde la vieja guardia posee capacidades muy limitadas.[vii]

Es tentador comparar esto con lo que provocó la disolución de la URSS, donde Brown (2009:594) señaló que los oficiales con alto nivel tenían una presencia desproporcionadamente grande en el Partido, con una influencia reformista muy fuerte. La gran mayoría de los principales especialistas en ciencias sociales (abogados, académicos, economistas, sociólogos, analistas políticos) eran miembros del Partido, de quienes emanaron las ideas más influyentes para el cambio económico y político. Brown dijo sobre el proceso

de reforma de Gorbachov, que necesitaba personas con mentalidad reformista en estratos inferiores de la jerarquía del Partido para ganar la batalla ideológica que siguió. Sin embargo, agregó que “sólo un cambio en la cúspide de la jerarquía política podría determinar si el pensamiento crítico y moderno seguirá siendo una mera diversión intelectual o si influirá en el mundo real de la política”. No parece probable un proceso similar en Cuba, simplemente porque las personas con mentalidad reformista no se ven, ni en la cúspide, ni debajo de esta. Brown afirma que Gorbachov era ya mucho más reformador cuando se convirtió en líder del Partido de lo que percibió el buró político. Su intención era reformar el sistema existente y no hacer un cambio transformador, hasta que el sistema comenzó a desmoronarse.[\[viii\]](#)

Cabe señalar que la transformación del régimen en la URSS fue un caso típico de transición provocada desde arriba, como en Hungría, en contraposición con el cambio provocado desde abajo como fue el caso de Polonia, parcialmente en Alemania del Este (RDA). A menudo existe una competencia entre las explicaciones de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba por parte de los analistas. En el caso de la democratización de Brasil en la década de 1980 y después, por ejemplo, algunos enfatizan que las divisiones de larga data dentro de las fuerzas armadas, mientras que otros creen que la movilización popular fue decisiva. En la mayoría de los casos, probablemente sea una combinación de ambas.

Se esperaba que Cuba, con sus estructuras de poder y gobierno extremadamente centralistas y verticales, siguiera básicamente el patrón soviético en este sentido. Por lo tanto, es importante observar las características sociológicas de los que ostentan el poder después de Castro. El relevo generacional que tuvo lugar en los dos últimos Congresos del Partido (2016 y 2021) no deja indicios de permitir la integración de académicos activos ajenos a los círculos de poder del PC y de esa manera otorgarles un rol extendido en los órganos de decisión. Los académicos e intelectuales que potencialmente podrían servir activamente para el intercambio de ideas y propuestas creativas están en gran parte marginados en relación con un sistema político y económico con una necesidad urgente de renovación. Por lo tanto, es muy difícil ver cómo la renovación política puede provenir de la actual estructura de poder político en Cuba.

Un hecho cada vez más llamativo es que la actual dirección del PC (Buró Político y Comité Central elegidos en el Congreso de 2021) consiste casi exclusivamente en cuadros auto-reclutados dentro de la burocracia del Partido y el Estado, además de una buena representación de la jerarquía militar. Ningún trabajador común o agricultor, ningún cuentapropista o empresario autónomo, ni una personalidad académica o cultural independiente, nadie de la sociedad civil fuera del control total del PC ha sido admitido en este círculo íntimo. Simplemente no hay voz alternativa en los órganos de toma de decisiones en Cuba hoy, en gran contraste con una realidad socioeconómica cada vez más pluralista.

¿Cambio generacional con espacio para una *transformación*?

Huntington (1968: 14) afirma que la transferencia intergeneracional de poder, como la que tiene lugar ahora en Cuba, es una prueba crítica de la capacidad reproductiva de un orden político:

“Mientras una organización todavía tenga su primer grupo de líderes, mientras un procedimiento sea realizado por quienes lo realizaron por primera vez, su adaptabilidad aún está en duda [...] Los fundadores de organizaciones -ya sean partidos, gobiernos o empresas- a menudo son jóvenes. Por lo tanto, la brecha entre la edad cronológica y la edad generacional es más adecuada para engrandecer la historia temprana de una organización que para, posteriormente, mantener su carrera. Esta brecha produce tensiones entre los primeros líderes de la organización y la próxima generación inmediatamente posterior a ellos, que puede esperar toda una vida a la sombra de la primera generación. A mediados de la década de 1960, el Partido Comunista Chino tenía 45 años, pero en gran parte todavía estaba dirigido por su primera generación de líderes [...] El cambio de Lenin a Stalin fue una sucesión intrageneracional; el cambio de Stalin a Khrushchev fue una sucesión intergeneracional”.

Las consideraciones de Huntington en 1968 sobre los jóvenes fundadores que se aferraron y condenaron a la próxima generación a “una vida en la sombra” no podrían ilustrarse con un caso mejor que el cubano. Las comparaciones con los cambios intergeneracionales posteriores en China (cuando Deng Xiaoping asumió el poder después de la muerte de Mao en 1976 al superar al sucesor elegido por Mao, Hua Guofeng) y la URSS (cuando Gorbachov reemplazó a Chernenko en 1985), son mucho más ilustrativas de lo que Huntington podría anticipar en 1968. Son casos de referencia importantes sobre lo que podría esperarse que suceda en la Cuba post-Castro.

La primera pregunta que se debe hacer ahora, cuando Cuba está entrando en esta coyuntura crítica es, por lo tanto, cuántos cambios y cuán profundos está dispuesta a emprender la nueva generación de líderes. MacGregor Burns (2003) distingue entre liderazgo *transaccional* y *transformador*. Un líder *transaccional* no busca cambiar el futuro; más bien trata de mantener las cosas igual intentando aumentar la eficiencia de las rutinas y procedimientos establecidos. Estos líderes están más preocupados por seguir las reglas existentes que por cambiar la estructura de la institución que deben liderar (ya sea una empresa o un país). El *liderazgo transformador*, por otro lado, crea una visión de algo nuevo, trabajando con los subordinados para identificar el cambio necesario y guiándolo a través de la inspiración y la motivación. Puede ser difícil ver que Miguel Díaz-Canel, o cualquier otra persona en la nueva generación de líderes cubanos, movilice su autoridad personal para ejercer un liderazgo transformador. A diferencia de Deng y Gorbachov, este tuvo que comenzar su carrera de liderazgo con muchos de los padres fundadores -entre ellos el más joven de los hermanos Castro-, quienes aún mantenían posiciones de poder decisivas.

Cuando Miguel Díaz-Canel asumió como primer líder poscastrista, primero como presidente en 2019 y luego además como primer secretario del Partido Comunista en 2021, fue presentado por su mentor Raúl Castro como una figura transicional pura, garantizando *continuidad y no transformación* de la política cubana. El traspaso formal de la presidencia en 2018 fue diseñado hasta el más mínimo detalle por el líder saliente, y Díaz-Canel se presentó ante la Asamblea Nacional como un agradecido y obediente heredero de una empresa familiar, prometiendo llevarla como su padre le había indicado que lo hiciera. Apenas tenía otra opción en ese momento, así como no la tuvo cuando asumió la dirección formal del PC tres años después.

Por lo tanto, hasta ahora no hay indicios de que Díaz-Canel tenga intenciones de transformar Cuba: tiene todas las señas de identidad de un líder *transaccional* más que *transformador*. No fue elegido directamente por el pueblo cubano sino promovido exclusivamente a través de la jerarquía del PC, lo cual constituye su única base de poder. Sin embargo, los eventos del 11-J debieron mostrarle que *seguir como de costumbre* (“*business as usual*”) *ya no es una opción para Cuba*. En una coyuntura crítica con la actual crisis en Cuba, definitivamente lo que se requiere es un cambio transformador. Dada la profundidad de la crisis actual, resulta difícil creer que no haya un debate bastante acalorado y probablemente una fuerte lucha por el poder a puerta cerrada.

Ante la falta de fuerzas reformistas internas, una presión de fuerzas externas como el 11-J puede ser la única forma de obligar al nuevo equipo de gobierno a revivir las decisiones económicas largamente demoradas que se basan en la inconclusa agenda de reformas de Raúl Castro. Solo tres semanas después del 11-J, se presentó un paquete de reforma económica aparentemente significativo, con la legalización ampliamente esperada de las pequeñas y medianas empresas y la reducción de las restricciones para los trabajadores por cuenta propia y las cooperativas urbanas. Puede parecer que la juventud protestante, a pesar de ser tachada desdeñosamente de “mercenarios imperialistas”, tuvo mayor impacto en los líderes gubernamentales que una gran cantidad de estudios académicos bien documentados de parte de economistas cubanos. Sin embargo, la pregunta es si este paquete de reformas realmente indica un regreso a la hoja de ruta de la reforma abortada en 2016. Una interpretación común es que estas medidas representan un mero parche ante una economía fallida, en lugar de un necesario rediseño integral.^[ix] En la situación actual, apenas existe una base financiera interna para las inversiones privadas en Cuba. Sin una inversión extranjera bastante masiva,

bienvenida pero nunca obtenida en cantidades significativas, incluso cuando fue alentada por el acercamiento entre Estados Unidos y Cuba, la economía cubana no tiene ninguna posibilidad de lograr un crecimiento significativo. Las esperanzas del surgimiento de micros, pequeñas y medianas empresas (MIPYMES con su abreviatura cubana), quizás originadas por familiares o amigos en la comunidad del exilio, también parecen completamente irreales en las circunstancias actuales. Después del 11-J, la confianza en las poco más que simbólicas medidas de reforma cubana entre los posibles inversores de la diáspora cubana, por ejemplo, en Florida, probablemente sea menor que nunca. Una mera legalización de la empresa privada, sin modificar radicalmente el obsoleto marco político-económico de estilo soviético y sin reparar las barreras con las instituciones crediticias internacionales, no tiene ninguna posibilidad de revitalizar la profundamente disfuncional economía cubana.

Sin embargo, el mismo hecho de que las reformas se estén acelerando como una respuesta obvia a la agitación social puede ser una primera admisión visible de que el cambio finalmente tiene que sustituir la continuidad. Ya que Raúl Castro no pudo implementar muchas de las medidas anunciadas por sí mismo mientras su hermano mayor estuviera presente, se podría esperar que ofreciera a su sucesor el respaldo político necesario para ello. Si hay un retorno más consistente a la modalidad de reforma económica, también se pueden poner en marcha las transformaciones políticas que fueron frenadas durante los diez años *raulistas* (2008-2018). Al igual que en 2016, el miedo a tales consecuencias es probablemente la principal razón por la que existe tanta resistencia a una renovación *económica* más profunda.

Partiendo de la situación bastante pesimista en lo que respecta a las expectativas de reforma interna, una de las preguntas decisivas ahora es si existen otras formas de resolver *el desafío de legitimidad* que tanto expone al país.

La crisis de legitimidad y el monopolio del poder

Lo que el liderazgo cubano parece ignorar es el hecho de *que el tradicional contrato social entre el Estado cubano y sus ciudadanos, se está desmoronando* como consecuencia de las nuevas realidades económicas provocadas por los años de reforma. Una proporción de la población en constante crecimiento, cerca de un tercio, está empleada fuera del sector estatal, mientras que la mayoría permanece formalmente como empleada pública. Pero los dos grupos están cada vez más entrelazados en una interdependencia simbiótica ilícita: la fuerza laboral no estatal depende de bienes o favores obtenidos de los empleados públicos mediante la malversación o la corrupción, y los empleados públicos solo pueden sobrevivir vendiendo ilegalmente bienes y servicios públicos al sector privado y comprar la mayoría de los bienes y servicios básicos en el mercado negro. Deben dedicar una parte importante de su tiempo a actividades paralelas no estatales. Cualquiera de los grupos, por lo tanto, de diferentes maneras, se vuelve cada vez menos dependiente de un aparato estatal y del PC, previamente omnipresente y omnipotente. Esto ha resultado en un cambio paradigmático del contrato social con consecuencias potencialmente transformadoras para la estructura de poder y la sociedad cubana. Es por ello que se puede argumentar que, a pesar del aparente poder omnipotente que ostentaba el PC, en realidad puede haber un proceso en el que este pierde constantemente relevancia simbólica y práctica en la “sociedad cubana realmente existente”.

Por lo tanto, una pregunta crucial es qué impacto tiene esta arquitectura social fundamentalmente cambiante en la lealtad de las personas al Estado y en el poder del Estado sobre los ciudadanos comunes; en resumen, el contrato social entre el Estado y sus ciudadanos. El 11-J fue un claro indicador, aparentemente no tenido en cuenta previamente por los detentadores del poder, del profundo cambio paradigmático que se está produciendo al respecto.

El relajamiento del monopolio del poder del PC es uno de los principales criterios aplicados por János Kornai en su análisis de una transformación social de mayor alcance, estudiados a través de la disolución de la URSS (Kornai, 1992). Según Brown (op.cit.), cuando el libre flujo de información fue una realidad política

en la URSS en forma de *glasnost*, se convirtió en un factor decisivo, junto con el fracaso económico, para deshacer el comunismo.

Cuba nunca ha tenido *glasnost*, pero el monopolio de la información se rompió definitivamente, debido sobre todo a hechos tecnológicos, ayudados por la importante apertura de la sociedad cubana durante el acercamiento con EE.UU. de la era Obama. Casi dos tercios de todos los cubanos son ahora usuarios de Internet, más de la mitad de estos (3,5 millones) acceden a plataformas de redes sociales y se conectan a Internet desde sus teléfonos inteligentes (según estadísticas oficiales cubanas de 2020). Con WhatsApp, YouTube y plataformas similares, los “periodistas callejeros” cubanos pueden transmitir en vivo desde Cuba hacia el exterior. Los jóvenes, incluso los leales al PC, no tienen problemas para buscar información y puntos de vista alternativos, tanto sobre el mundo exterior como sobre su propio país, incluso sobre las causas fundamentales del fracaso económico.

Este hecho ha sido decisivo para lo ocurrido el 11-J, y para el surgimiento de un nuevo movimiento de manifestantes, particularmente entre los jóvenes activistas culturales. Hasta el momento, Díaz-Canel y sus camaradas apenas han asimilado las consecuencias, debido a la forma en que se comunican con la población. El discurso de odio con el que se han enfrentado a los manifestantes del 11-J, sin distinguir entre manifestantes pacíficos y quienes cometen actos vandálicos, no es una respuesta prometedora si quieren construir un nuevo capital de legitimidad.

Una de las contribuciones clásicas al estudio de los procesos de transición democrática con ejemplos de Europa del Este y América Latina es Przeworski (1991). Una de sus principales tesis trata sobre el papel de las organizaciones independientes en tales transiciones. Si bien estas organizaciones no son toleradas en una dictadura, incluso la tolerancia gradual de ellas (como vimos en Cuba hasta alrededor de 2016) no es una panacea para una transición a la democracia, afirma. Przeworski está particularmente preocupado por la ruptura de la legitimidad del antiguo régimen y el papel desempeñado por la sociedad civil en esta situación:

“Lo que amenaza a los regímenes autoritarios no es la ruptura de la legitimidad sino la organización de la contrahegemonía: proyectos colectivos para un futuro alternativo. Sólo cuando las alternativas colectivas están disponibles, la elección política se vuelve disponible para los ciudadanos aislados” (p. 54-55).

Entonces, de acuerdo con Przeworski y basándose en el concepto de hegemonía Gramsciano, el surgimiento de las organizaciones de la sociedad civil en sí mismo solo se convierte en una fuerza relevante de transformación del régimen en una situación de deterioro de la legitimidad, si las organizaciones de la sociedad civil logran organizar un “bloque contrahegemónico”.

La pregunta en tal situación es qué puede llevar a un grupo dentro del sistema autoritario del poder a tolerar una organización autónoma de la sociedad civil, señalando así también fisuras en el bloque de poder del régimen y “el inicio de la liberalización”, como dice Przeworski.

El tema de la construcción de alianzas puede ser bastante decisivo para el resultado. Przeworski distingue esquemáticamente entre *los liberalizadores* y *los intransigentes* en el régimen.^[X] “*Liberalización*”, continúa diciendo:

“Es el resultado de una interacción entre las divisiones en el régimen autoritario y la organización autónoma de la sociedad civil. La movilización popular señala a los potenciales Liberalizadores la posibilidad de una alianza que podría cambiar la relación de fuerzas dentro del bloque de poder a su favor; las escisiones visibles en el bloque de poder indican a la sociedad civil que puede haberse abierto un espacio político para la organización autónoma. Por tanto, la movilización popular y las divisiones del régimen pueden alimentarse mutuamente” (ibid. P. 57).

Aunque advierte que el proyecto de los *Liberalizadores* dentro del bloque de poder es normalmente para una apertura *controlada* del espacio político, para la relajación de la tensión social y para ampliar su propia posición y la base social general del régimen. La perestroika de Gorbachov probablemente se lanzó con este propósito. La mayoría de los casos empíricos muestran, sin embargo, que una vez que hay un deshielo, una vez que el iceberg autoritario comienza a derretirse, habrá un estallido de organización autónoma que se vuelve imparable. Esta experiencia, resumida a principios de la década de 1990, evidentemente ha sido estudiada con mucha cautela por los regímenes autoritarios que sobrevivieron, incluida Cuba. También vieron cómo en muchos casos la movilización democrática inicial fue brutalmente reprimida. La masacre de Tiananmen en China, en 1989, puede haber sido la más paradigmática para Cuba.

Si el colapso gradual de un régimen autoritario conduce a un *proceso de negociación*, será muy interesante observar los respectivos roles de los actores en ambos lados.

Aunque el cambiante contrato social en Cuba está llevando a que el poder político sea cada vez más cuestionado por la población, hasta ahora no ha habido señales de que se desarrollen fuerzas contrahegemónicas, incluso cuando una sociedad civil alternativa estaba mejor organizada hace cinco años. Ahora, teniendo en cuenta el fenómeno del 11-J, debemos estar en la perspectiva de si la “crisis de legitimidad” tendrá algún parecido con una “crisis de hegemonía” o de “autoridad”, en términos Gramscianos. Lo que Gramsci analizó fue el comportamiento de la burguesía en una sociedad capitalista temprana, obligada a permitir que cambiaran las formas de hegemonía. De manera paralela, la nomenclatura cubana podría tener que buscar una adaptación similar de su bloque hegemónico para hacer frente a la emergente crisis de legitimidad. Los observadores de Cuba llevan mucho tiempo especulando en qué momento dejaría de callar una población joven cada vez más insatisfecha. El 11-J, en 2021, *puede* marcar una aproximación a este final.

Si definitivamente se produce un retorno serio a la agenda de reformas, probablemente tendría que implicar el permiso de un espacio legal más amplio para las actividades empresariales y la economía no estatal. Otros pasos en esa dirección serían permitir el establecimiento de mercados mayoristas y ampliar significativamente el espacio y la autonomía del sector cooperativo. Todas estas medidas estarían, en gran parte, en consonancia con decisiones tomadas bajo la dirección de Raúl Castro, pero nunca implementadas debido a la resistencia que llevó a la contrarreforma iniciada a partir de 2016. Tales medidas podrían incluso convertirse en necesidades sistémicas del país en la situación actual, luego de cuatro años con el presidente Trump, las catastróficas consecuencias económicas de la pandemia y la administración de Biden en los EE. UU. Que se niega a reanudar la normalización económica o política. Un retorno al *modus reformista* probablemente implicaría una modificación de la *correlación de fuerzas económicas* entre los sectores estatales y no estatales en Cuba.

La siguiente pregunta es si una reforma económica pro-mercado más sistemática también podría sentar las bases para cambios graduales y quizás negociados en la *correlación de fuerzas políticas*, que es precisamente lo que llevó a la línea dura del PC a abortar el proceso de reforma en 2016. Lo que siguió fue una intensa campaña para acabar con la nada insignificante sociedad civil, incluidos blogueros y periodistas independientes, que comenzó a surgir durante la última media década. Lo más resistente de esta “zona gris” en la sociedad cubana ha sido el movimiento de jóvenes trabajadores de la cultura que ha resistido todos los esfuerzos por ser sometidos al control del régimen, como se ha visto con el movimiento de San Isidro y la manifestación frente al Ministerio de Cultura el 27 de noviembre de 2020.

Una fuente obvia de desafío a la hegemonía existente del sistema político cubano provendría de una alianza fortalecida de una sociedad civil reemergente -incluyendo un sector cultural cada vez más independiente- y actores económicos no estatales organizados de manera autónoma. La pregunta ahora es si estas fuerzas son capaces de reposicionarse y quizá construir un bloque histórico contrahegemónico, que lleve a lo que Gramsci llamó “crear lo nuevo”, que en Cuba sería una especie de poscastrismo. Si la ruptura de la legitimidad es seguida por la organización de una contrahegemonía, pueden comenzar a surgir proyectos colectivos para un futuro alternativo.

Obviamente, esto aún no ha sucedido y el 11-J en sí mismo está lejos de ser suficiente para que esto suceda. Pero la profundidad de la crisis acumulada -económica, social y en términos de legitimidad- ha alcanzado proporciones en las que se puede producir una nueva situación de tal índole.

Los argumentos tradicionales, por ejemplo, Barrington Moore (1966) o Rueschemeyer et. al. (1992), de que el surgimiento de una clase media fuerte producirá una fuerza prodemocrática vital, parecen estar lejos de tener relevancia en Cuba. Sin embargo, no es impensable que la clase media emergente en Cuba -en gran parte catapultada por la industria del turismo tan desesperadamente necesaria para que se produzca una recuperación económica en Cuba- pueda desarrollar sus propios intereses políticos. Incluso, ello podría desarrollarse si el turismo masivo regresa a la Isla con un sector no estatal fortalecido, ya con un cambio de correlaciones económicas y políticas producto de la actual coyuntura crítica.

A raíz del 11-J, se extiende un clamor, incluso de sectores importantes de la sociedad cubana que se consideran leales al régimen, de que ahora se necesita un diálogo entre todos los cubanos, incluida la comunidad en el exilio. La mayoría está de acuerdo en que el diálogo debe versar sobre propuestas concretas de reformas económicas y políticas.

Escenarios de diálogo

Las protestas del 11-J fueron un caso típico de “*protesta sin propuesta*”, una acción espontánea iniciada en una localidad cubana (San Antonio de los Baños) que se extendió con una velocidad explosiva. El hecho de que no hubiera ninguna organización detrás de esto, y que solo hubiera demandas muy generales de *pan y libertad*, fue probablemente importante para la tremenda e inmediata respuesta. Le enseñó al gobierno una lección importante, aunque bastante vaga: que segmentos importantes de la población, particularmente la juventud, han perdido tanto la paciencia como el miedo, y que es urgente hacer algo para salvar lo que queda de “*La Revolución*”. Una demanda principal desde fuera de los círculos de poder y luego de la comunidad internacional, ha sido que se debe establecer un diálogo entre el gobierno y el pueblo y, posteriormente, entre los gobiernos de Cuba y Estados Unidos. Cuanto más tiempo permanezca el gobierno cubano sin mostrar su disposición para aceptar tal diálogo, se requerirán cambios más radicales para abordar la crisis económica y de legitimidad.

Como hemos indicado anteriormente, los procesos de transformación se consideran con frecuencia como un pacto entre los moderados del régimen y los moderados de la oposición, que son capaces de “contener” a sus respectivos partidarios de la línea dura (un juego de cuatro jugadores). Se deben cumplir dos condiciones para que esto suceda: los actores moderados del régimen deben tener suficiente autonomía; y los jugadores moderados de la oposición necesitan cierto grado de presencia organizativa continua y legitimidad popular.

Ningún escenario de diálogo, y mucho menos de negociación, está por el momento sobre la mesa en Cuba. [xi] El gran número de visitas post 11-J realizadas por el Presidente a comunidades marginales, y “consultas” con una variedad de sectores a través de asociaciones ligadas al partido-estado, muestran el alto nerviosismo del poder causado por ese evento. Pero no se trata de un diálogo abierto con la sociedad cubana, sino de una comunicación vertical y dentro del bloque de poder. Del lado del gobierno, es casi imposible identificar una facción moderada que esté dispuesta a dialogar con la oposición, aunque hay muchas razones para suponer que debe estar en curso una discusión al respecto. En el lado de la oposición, la situación es muy diferente, con todos los matices existentes desde lo que alguna vez se llamó “oposición leal” hasta facciones de línea dura e intransigentes, tanto dentro del país como particularmente en el exilio. Pero aún no se ha constituido un *interlocutor adecuado*. También es necesario definir una *agenda de diálogo*.

Para que se inicie un diálogo serio, normalmente se requeriría la combinación de una crisis de supervivencia del régimen y el surgimiento de una alternativa contrahegemónica. ¿Podemos vislumbrar tal situación después del 11-J?

En cuanto a la agenda, es bastante obvio que las demandas de reforma económica deben ser lo primero, antes de llegar al tema de reforma política. Ahí es donde se encuentra la principal crisis del régimen y donde la mayoría de la población espera las reformas más inmediatas. También es más fácil para el poder político hacer concesiones económicas que políticas, por ejemplo, teniendo en cuenta la situación en Vietnam o China. Entonces, un diálogo en Cuba probablemente comenzará con una discusión sobre una reforma económica más acelerada e integral. Lo que parece inevitable, aunque el régimen hará todo lo posible para detenerlo, es que tales reformas se derramarán en el surgimiento de un sector no estatal más organizado horizontalmente y más influyente, lo que podríamos llamar una *sociedad económica*. Ya se ha señalado por economistas independientes que el permiso para constituir legalmente empresas privadas, como se ha prometido inmediatamente después del 11-J, debe ir acompañado de un espacio político para que defiendan sus intereses.^[xii] El desafío que esto representaría para el mantenimiento del monopolio del poder es claramente la razón principal de tanta resistencia contra cualquier idea o propuesta que permita la constitución de gremios de intereses horizontales. Si eso se permitiera, las cuestiones de reforma económica y política pronto se desdibujarían.

¿Quién puede constituir un socio de diálogo no gubernamental como contraparte al gobierno después del 11-J?

Quizás las llamadas internas al diálogo más interesantes después del 11-J, junto con críticas cautelosas, pero bien expresadas, a la represión de los manifestantes, fueron varias prominentes personalidades de la cultura, gente que normalmente viven bien con el régimen actual, como Leonardo Padura, Silvio Rodríguez, Chucho Valdés, Leo Brouwer y los integrantes de Los Van, entre otros. Sumando este grupo a la protesta espontánea frente al Ministerio de Cultura el 27 de noviembre de 2020 (27N), parecería que el sector cultural -tradicionalmente de alto prestigio en Cuba- puede jugar un papel importante en la constitución de un interlocutor. Los gerentes de pequeñas y medianas empresas, que pronto serán reconocidos legalmente, es otro grupo no estatal del que se puede esperar un papel más visible. También lo haría la comunidad de bloggers, periodistas independientes y activistas de las redes sociales. La juventud en general necesita estar representada, aunque es difícil constituirla como un grupo representativo.^[xiii]

Pero se requiere una red más organizada con el potencial de construir una amplia representatividad y legitimidad popular para unir tal iniciativa. Algunas de las redes casi erradicadas o expulsadas al exilio por medidas represivas después de 2016 están en proceso de reconstituirse desde el exterior. Dos de los candidatos más probables para desempeñar este papel son el grupo de bloggers y análisis *La Joven Cuba*^[xiv], y el recién formado laboratorio de ideas con muy amplia representación política, *Cuba Próxima*^[xv], basada en gran medida en la anterior *Cuba Posible*. Debido al grave estrechamiento del espacio político, ambos ahora tienen su sede fuera de Cuba, pero con muy buenas redes entre los residentes internos.

Para que un diálogo tenga sentido, debe haber una agenda de temas para discutir. Parte de esto sería una respuesta directa al manejo del 11-J por parte del Gobierno: libertad para quienes participaron pacíficamente en las protestas, un proceso de justicia transparente para los acusados de vandalismo y un relato completo de los que aún están desaparecidos. Se trata de demandas básicas de Derechos Humanos que el Gobierno debe cumplir para no sufrir una gran derrota frente a la comunidad internacional. Este es un prestigio que Cuba hasta ahora ha estado muy interesado en mantener, iba. aprovechando la condena casi unánime del régimen de sanciones de Estados Unidos. No menos importante, medidas de reforma económica, concretas y reales, necesitan ser elaboradas y posteriormente debatidas en profundidad con el Gobierno. Un número considerable de académicos cubanos bien calificados y relativamente independientes, entre ellos economistas, están situados de manera satisfactoria para trabajar en ello, con una probabilidad razonable de que el equipo de gobierno los pueda tomar en consideración.

En su segundo artículo, Ivette García Gonzalez resume las características cubanas actuales frente a la posibilidad de un diálogo nacional así:

“Ciertas características del modelo cubano también aconsejan un Diálogo Nacional: alta centralización del poder, inexistencia legal de oposición y medios de comunicación, no separación de poderes, carencia de instituciones independientes de defensa ciudadana, así como fuertes y diversos mecanismos de control social.

La nación cubana necesita el Diálogo Nacional para lograr un cambio fundamental, un nuevo contrato social. En calidad de «partes» podrían estar el gobierno con sus organizaciones de apoyo y una alianza de la sociedad civil independiente y los emigrados. En ambas existen corrientes y proyectos políticos.”

Sería importante que la comunidad internacional apoye tales iniciativas para preparar una combinación no estatal de iniciativa de diálogo y propuestas de reformas concretas, y también para convencer a las estructuras de poder cubanas sobre la necesidad de participar en dicho diálogo. Esta será probablemente también la única forma de convencer a la administración Bien de que vuelva a entablar un diálogo con Cuba.

¿Algún espacio futuro para la voz?

Concluimos en la introducción de este artículo que *la salida* ya no es una alternativa a *la voz* para los jóvenes cubanos insatisfechos. Por lo tanto, no es de extrañar que el gobierno esté intentando eliminar el vehículo más importante de esta voz: el acceso a Internet.

Mediante la Resolución 105 del Ministerio de Comunicaciones, emitida a mediados de agosto de 2021, el uso de las redes sociales y las telecomunicaciones en general con el propósito de oponerse al gobierno fue catalogado como “ciber-terrorismo” (que el gobierno dice que pretende sustituir por “ciber-seguridad”), equivalente a “subvertir el orden constitucional”, “pretender alterar el orden público” y “promover la indisciplina social”. El nuevo Decreto Ley 35, lanzado simultáneamente, que pronto comenzará su implementación, prohíbe lo que el gobierno denomina “subversión social” y describe como acciones que pretendan “violar la seguridad y el orden interno del país, transmitir información o noticias”, o transmitir información “ofensiva” que afecte “la seguridad colectiva, el bienestar general, la moral pública y el respeto al orden público”.^[xvi] La definición de estos conceptos es lo suficientemente amplia como para permitir al gobierno total discreción para tomar medidas legales contra toda protesta política comunicada a través de Internet. En cierto modo, este es el equivalente en telecomunicaciones de la “*Ley Mordaza*” antes citada. ¿Con qué eficacia esto silenciará la protesta? Hasta ahora, la capacidad innovadora de los jóvenes internautas cubanos ha hecho que los oficiales de telecomunicaciones se queden siempre un par de pasos atrás. Con la tecnología china que ahora parece estar a la disposición de las autoridades, no se sabe si continuará así.

Unos días antes de que se lanzara el Decreto Ley 35, el Departamento de los EE.UU. dijo que está buscando formas de hacer que Internet sea más accesible para el pueblo de Cuba. Las ideas sugeridas incluyen el uso de redes satelitales o globos de gran altitud para permitir un acceso alternativo a Internet, evitando así las medidas restrictivas tomadas por las autoridades cubanas.^[xvii] No está claro hasta qué punto los EE.UU. llevará a cabo tales ideas. Lo que se está vislumbrando es una guerra abierta de telecomunicaciones entre Cuba y este país, donde está en juego *la voz* de los jóvenes manifestantes cubanos. El Gobierno cubano está obligando una vez más a que la voz alternativa se lleve a través de las medidas intervencionistas del “enemigo imperialista”. La “conexión Miami-La Habana” y su efecto en la política de los EE.UU. hacia Cuba probablemente se fortalecerá aún más, ya que los blogueros cubanos se volverán aún más dependiente de sus amigos y colegas en el extranjero para poder expresar sus críticas. De esa manera, se refuerza la vieja lógica del enemigo.

¿Cuál es la perspectiva de que continúen las protestas del 11-J en Cuba en las próximas semanas y meses? No hay duda de que el Gobierno ha logrado retomar el control de las calles, a través de una represión policial bastante masiva y procesos judiciales sumarios que han llevado a penas de cárcel relativamente extensas. El problema para el Gobierno es que ha sido imposible identificar algún liderazgo en estas protestas y, por lo tanto, cortarles la cabeza. Este además parece estar en clara desventaja en lo que respecta a la lucha por los corazones y las mentes (“Hearst and minds”) de la gente. El peligroso llamamiento del Presidente a los

partidarios del Gobierno para que salieran a las calles a una confrontación abierta con los manifestantes [xviii] -casi equivalente a un llamamiento a la guerra civil en el país- tuvo muy poco efecto. El amplio uso de policías vestidos de civil no convenció a nadie de que se trataba de una respuesta popular espontánea a tal llamamiento. Un par de convocatorias de manifestaciones progubernamentales en La Habana a finales de julio lograron movilizar solo a unos pocos miles. La celebración del 26 de julio, normalmente una muestra masiva de apoyo en Cuba, fue cancelada este año.

Entonces, con la combinación de varios cientos de detenciones, el acoso continuo de todos los disidentes y el intento de represión de las protestas basadas en Internet ¿será silenciado el país? Eso aún está por verse. Pero si es correcto asumir como lección del 11-J que la “generación Z” cubana ha perdido tanto la paciencia como el miedo, es muy probable entonces que se produzcan nuevas protestas muy pronto, probablemente con la ayuda de la tecnología de internet que el Gobierno es incapaz de controlar. Este poseería sólo dos alternativas de respuesta ante en esa situación: el diálogo, o una represión más violenta. Hasta ahora, ha sido un principio básico de la revolución cubana evitar el tipo de represión que resulta en pérdidas de vidas. El día en que la policía comience a matar a jóvenes manifestantes en las calles, la revolución habrá perdido uno de los últimos vestigios de su legitimidad. La experiencia de situaciones similares en otros países es que la represión violenta tiende a provocar una espiral de violencia. No hay duda de que la mayoría de los cubanos, de todas las generaciones y simpatías políticas, comparte la convicción de que debe evitarse los enfrentamientos violentos y las luchas civiles. Por tanto, se espera que las fuerzas moderadas tanto del Gobierno como de la oposición puedan elaborar un foro y una agenda de diálogo.

Cualquier perspectiva de una apertura democrática en Cuba debe verse en el contexto de la tendencia global caracterizada como la “tercera ola de autocratización”, con el nivel de democracia disfrutado por el ciudadano global medio en 2020 descendiendo ahora a los niveles alrededor de 1990, inmediatamente después del colapso del campo soviético [xix]. Los regímenes autocráticos están logrando sofocar la protesta popular en la mayoría de los casos, ya sea en Nicaragua, Bielorrusia o Myanmar. La dirección cubana puede aspirar a un resultado similar, pero sin tener que recurrir a masacres callejeras. Mas de ninguna manera es seguro que se pueda mantener un control social efectivo sin altos niveles de violencia. La gravedad de la situación económica, con la perspectiva de terminar como un Estado fallido o “caer en el abismo” como advirtió Raúl Castro en 2010 [xx], puede ser sin embargo un argumento decisivo para optar por el diálogo tanto interno como externo, con su propia gente y con el enemigo y vecino histórico: Estados Unidos.

Es un hallazgo interesante la interrelación regional de las mega tendencias políticas. (Weltzel (2021) argumenta que “el retroceso de las democracias hacia el autoritarismo se limita a sociedades en las que los valores emancipadores siguen estando subdesarrollados”, y que alrededor del 70 por ciento de las variaciones totales entre autocracia *versus* democracia se explica por la pertenencia de los países a diferentes zonas culturales. En ese sentido, se puede esperar que el futuro político de Cuba se vea influenciado por las tendencias regionales en América Latina, y no menos importante será la dirección que tomará un país regionalmente dominante como Brasil después de las elecciones de 2022. Incluso los EE.UU. se encuentra ahora en medio de la mayor amenaza de las fuerzas autocráticas desde la Guerra Civil, hace aproximadamente 150 años. El resultado de ese conflicto también puede influir en las perspectivas de un desarrollo más liberal en Cuba por medio *de un diálogo que permita escuchar la voz de su pueblo* y una coexistencia pacífica y constructiva entre los dos principales enemigos del hemisferio occidental de la Guerra Fría.

Referencias:

Brown, Archie (2009): *The Rise and Fall of Communism*. New York: Harper Collins.

Bye, Vegard (2019i): *The End of an Era – or a New Start? Economic Reforms with Potential for Political Transformation in Cuba on Raúl Castro’s Watch (2008-2018)*. Dr.philos dissertation, University of Oslo

Hirschman, Albert O. (1970): *Exit, Voice, and Loyalty. Responses to Decline in Firms, Organizations, and States*. Cambridge, MA: Harvard University Press

Huntington, Samuel P. (1968): *Political Order in Changing Societies*. New Haven and London: Yale University Press

Kornai, János (1992): *The Socialist System: The Political Economy of Communism*. New Jersey: Princeton University Press.

MacGregor Burns, James (2003): *Transforming Leadership*. New York: Grove Press

Moore, Barrington Jr. (1967): *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World*. Boston: Beacon Press

Przeworski, Adam (1991): *Democracy and the Market: Political and Economic Reforms in Eastern Europe and Latin America*. Cambridge, UK: Cambridge University Press

Rueschemeyer, Dietrich; John D Stephens, and Everlyne Huber Stephens (1992): *Capitalist Development and Democracy*. Chicago: University of Chicago Press.

[i] La extensión y el tamaño de las protestas del 11J han sido bien documentados después: https://www.google.com/maps/d/u/0/viewer?mid=1AQAARlWutvq3eqA2nK_WObSujttnlxZ&ll=21.661531077124174%2C-80.20082207193147&z=6

[ii] *La Ley de Protección de la Independencia Nacional y la Economía de Cuba, o Ley 88*, conocida como “*Ley Mordaza*” (literalmente “Jaw Law”), aprobada en 1999 como respuesta a la Ley Helms-Burton de EE. UU., se ha aplicado de manera efectiva para criminalizar la protesta política. Se ha utilizado como una amenaza preventiva contra el ejercicio de las libertades públicas protegidas constitucionalmente, y en la práctica i.a. para condenar a 75 figuras de la oposición en lo que se conoció como *Primavera Negra* en 2003, y más recientemente contra el Movimiento San Isidro a fines de 2020 y los manifestantes del 11J.

[iii] Para una discusión interesante sobre esto, ver el comentario del anterior comandante guerrillero salvadoreño Joaquín Villalobos en El País el 15 de julio de 2021: “Cuba, reformar o matar es el dilema” <https://elpais.com/opinion/2021-07-15/cuba-reformar-o-matar-es-el-dilema.html>

[iv] «Generación Z»: Nacidos a partir de los finales de la década de los 1990s.

[v] Los conceptos duales de voz versus salida con referencia a Cuba se discuten en Bye, 2019i: 103-105

[vi] https://www.14ymedio.com/cuba/Ferrer-Martinez-superiores-fallecidos-Cuba_0_3150284948.html https://diariodecuba.com/cuba/1627833429_33094.html?_cf_chl_jschl_tk___=pmd_5819453afeffb6d6af8e1eb3395679e821b67c98-1629187102-0-gqNtZGzNAfjcnBszQd6

[vii] Esto representa un claro cambio con respecto a la forma en que Fidel Castro estaba desempeñando su rol de liderazgo, esperando que cualquier ministro o funcionario estatal de alto nivel estuviera listo en cualquier momento para tomar sus órdenes personales, dar seguimiento e implementar sus iniciativas más o menos caprichosas. Bajo el sistema de gobierno de Raúl Castro, mucho más institucionalizado, los ministerios y organismos estatales tienen cierta independencia dentro de sus respectivas áreas técnicas de competencia

[viii] Al igual que Díaz-Canel, Gorbachov fue el primer líder de su país nacido después de la Revolución, aproximadamente a la misma edad (mediados de los cincuenta) cuando reemplazó a los veteranos mayores, entregando el mismo discurso de continuidad desde el principio

[ix] Chapisteo o rediseño integral?” <https://jovencuba.com/chapisteo-rediseño-integral/> Una evaluación crítica de las nuevas medidas, por Omar Everlery Pérez Villanueva, se ve aquí: <https://jovencuba.com>

com/impresiones-decreto-ley-mipymes/ [x] Un par de conceptos que a veces se utilizan en español son “Aperturistas” versus “Inmobilistas”. O’Donnell (en O’Donnell et. Al. 1986) aplica un sistema de conceptos más matizado, distinguiendo entre cuatro actores: intransigentes y reformistas dentro del bloque autoritario y moderados y radicales en la oposición (ref. Linz y Stepan (1996) concepto ‘juego de cuatro jugadores’). Los intransigentes, dicen, tienden a encontrarse en el aparato represivo del bloque autoritario (policía, burocracia legal, censores, incluso entre periodistas leales al régimen), mientras que los reformadores a menudo son reclutados entre políticos del régimen y de algunos grupos fuera del aparato del estado: sectores de la burguesía bajo el capitalismo y algunos gestores económicos bajo el socialismo. En este último caso, se ha afirmado, algunos directores de fábrica vieron la posibilidad de convertir su poder político en poder económico (y probablemente en enriquecimiento personal) y, por tanto, apoyaron la democratización

[xi] Tres excelentes artículos sobre el tema de un Diálogo Nacional en Cuba pos-11J, escritos por Ivette García González, están publicados por *La Joven Cuba*, seguidos por otros artículos sobre el mismo tema y un gran número de comentarios: <https://jovencuba.com/controversias-sobre-el-los-dialogos/> <https://jovencuba.com/dialogo-nacional-refundar/> <https://jovencuba.com/dialogo-nacional-escenario-actual/>

[xii] Pedro Monreal lo ha expresado muy claramente, en el Diario de Cuba 8 de agosto de 2021: https://diariodecuba.com/economia/1628425891_33244.html?_cf_chl_jschl_tk__=pmd_u6_mZCzY7qLcHqakjvbnHubJHYZBIVTZjm2EOF0WLcE-1629372915-0-gqNtZGzNAfujcnBszQiR

[xiii] Una muy interesante conversación con un grupo de jóvenes habaneros, reflexionando sobre los hechos del 11J, fue reproducida en El País el 2 de agosto de 2021: <https://elpais.com/internacional/2021-08-01/la-juventud-cubana-toma-la-palabra.html>

[xiv] <https://jovencuba.com/nosotros/>

[xv] <https://www.cubaproxima.org>

[xvi] <https://www.gacetaoficial.gob.cu/sites/default/files/goc-2021-o92.pdf>

[xvii] Reuters, Washington DC 11 de agosto

[xviii] En un discurso televisado el 12 de julio, Díaz-Canel utilizó estas palabras (según BBC): “La orden de lucha está dada – ¡a la calle, revolucionarios! (...) Llamamos a todos los revolucionarios del país, a todos los comunistas, a salir a las calles donde se producirán estas provocaciones, de ahora en adelante y en los próximos días. Y enfrentarlas de manera decidida, firme y valiente”.

[xix] <https://www.v-dem.net/en/publications/democracy-reports/> Varieties of Democracy (V-Dem), con sede en Suecia, produce el mayor conjunto de datos global sobre democracia con casi 30 millones de puntos de datos para 202 países desde 1789 hasta 2020. Con la participación de más de 3500 académicos y otros expertos de países, V-Dem mide cientos de atributos de la democracia. En su Informe anual sobre la democracia, el instituto clasifica a los países en cuatro categorías: democracia liberal, democracia electoral, autocracia electoral y autocracia cerrada. El informe de este año, “La autocratización se vuelve viral”, contiene varios hallazgos importantes.

[xx] En un discurso ante el Parlamento cubano el 18 de diciembre de 2010: https://elpais.com/diario/2010/12/19/internacional/1292713208_850215.html

AUTORES

Miguel Alejandro Hayes:

Ensayista y poeta. Economista político y editor de La Trinchera.

Roberto Veiga González:

Jurista y politólogo. Miembro del Diálogo Interamericano. Editor de la revista católica Espacio Laical (2005-2014) y director del Laboratorio de Ideas Cuba Posible (2014-2019).

Vegard Bye:

Noruego, politólogo, escritor, consultor y ex político.



CUBa **PRÓXIMA**

Centro de Estudios sobre el Estado de Derecho

www.cubaproxima.org



